

# CRISTIANIDAD



UT ADVENIAT REGNUM CHRISTI ADVENIAT REGNUM MARIAE

**BARCELONA**  
Diputación, 302, 2.º, 1.ª - Teléf. 22 24 46

**CRISTIANDAD**

**MADRID**  
Martínez Campos, 11, 5.º - Teléf. 22 62 08

REVISTA QUINCENAL

Suscripción	Anual . . .	100	ptas.	}	Número ordinario . . . . .	5	ptas.
	Semestral . . .	50	»		Encuadernar. . . . .	25	»
	Trimestral . . .	25	»		Tomo encuadernado . . . . .	125	»

## NOTA: de interés para los nuevos suscriptores

Según acuerdo tomado por la Dirección de esta Revista en atención a las consultas formuladas respecto a las condiciones de adquisición del número extraordinario, con el correspondiente anexo de grabados, dedicado a la ASUNCION DE MARIA, se comunica que seguirá concediéndose el descuento señalado del 50 por 100 sobre su precio, a los nuevos suscriptores del año actual.

**NORGE**

N  
O  
R  
G  
E

TRABAJA DE NOCHE PARA SER UTIL TODO EL DIA



Desde el año 1926 millares de familias gozan de un hogar mejor debido a las ventajas de los productos NORGE mundialmente reconocidos como símbolo de suprema calidad.

La firma RIBALTA unida a la marca NORGE se beneficia del poder de adquisición combinado, habilidad de ingeniería y facilidades de fabricación. Una NORGE comprada a su distribuidor exclusivo RIBALTA es la mayor garantía que Vd. puede desear para su refrigerador.

DISTRIBUIDOR EXCLUSIVO  
**RIBALTA**  
DISCOS, RADIOS Y APLICACIONES ELECTRICAS  
DIPUTACION, 258

VEA  
**NORGE**  
ANTES DE COMPRAR

N  
O  
R  
G  
E

# CRISTIANDAD

## AL REINO DE CRISTO POR LA DEVOCION A SV SAGRADO CORAZON

### SVMARIO

#### EDITORIAL:

«*Et signum magnum apparuit in caelo: mulier amicta sole*», por J. B. B. (pág. 449).

#### EL TESORO PERENNE:

*El Mensaje de Fátima y el Año Santo.* Fragmentos de la homilía del Emmo. Cardenal Legado de S. S. el Papa en la solemne clausura del Año Santo Universal (págs. 451 a 454).

*Santidad y Paz en el XXXV Congreso Eucarístico Internacional. Concepto de la verdadera paz.* De la Carta Pastoral del Excelentísimo y Rvdmo. Sr. Obispo de Barcelona (págs. 467 y 468).

#### PLURA UT UNUM:

*Fátima y la crítica.* por P. Luis Gonzaga de Fonseca (págs. 455 a 457 y 466).

*El Dogma de la Asunción en la Iglesia Oriental,* por Manuel Candal, S. I. (págs. 458 a 460).

#### EL BIELDO Y LA CRIBA:

«*De Cánovas a la República*», por Jesús Maraón Ruíz Zorrilla (págs. 462 y 463).

#### COLABORACION:

*Yo fui chofer del Cardenal Mindszenty,* por N. (págs. 464 a 466).

#### DE ACTUALIDAD:

*De la Quincena religiosa,* por Himmanu-Hel (págs. 468 a 470).

*De la Quincena política,* por Shehar Yashub (págs. 471 y 472).



«*Et signum magnum apparuit in caelo: mulier amicta sole*»

(Apoc. XII, 1)

Todo el Mundo recuerda el famoso pasaje con que se abre el c. 12 del Apocalipsis, y en el que se ha venido inspirando modernamente la imaginería de la Virgen: «Y apareció en el Cielo una señal grande: una mujer envuelta en el sol, con la luna debajo de sus pies, y sobre la cabeza una corona de doce estrellas.»

El pasaje en que se reseña esta aparición, que simboliza a la vez María y la Iglesia (1), no inicia un argumento nuevo. Este ha comenzado, en realidad, en el último versículo del capítulo anterior, en el que se escribe: «Y se abrió el Templo de Dios que está en el Cielo y dejóse ver el Arca del Testamento en su Templo, y hubo relámpagos, y voces y rayos y un temblor y granizo fuerte.»

Un primer sentido posible de este fragmento lo referiría al misterio de la Encarnación. Pero ha sido objeto de una interpretación mucho más concreta. La aparición del Arca en el Templo de Dios sería la revelación, en el S. XVII, del Sagrado Corazón: «**Cor arca legem continens**» — mientras que la tormenta que inmediatamente se desencadena simbolizaría la Revolución: la Revolución por antonomasia cuyas etapas estamos viviendo y que se inició en Francia en 1789.

En esta hipótesis, la manifestación de la Mujer quedaría históricamente emplazada en nuestros días: mas, no hace falta recurrir a ello para advertir que **vivimos en una época eminentemente mariana**; no solamente por un renacer de la devoción hacia la Madre de Dios, sino además por el sorprendente hecho de las frecuentes apariciones de María, y **justamente en sincronía con los momentos más decisivos del progreso revolucionario**. Y notemos también el no menos sorprendente de haberse presentado Nuestra Señora tal como San Juan la describe, a saber: **envuelta en el sol**, en la última de estas grandes apariciones suyas, a saber: en Fátima, a la vista de millares de personas; prodigio del sol que acaba de repetirse hace tan sólo un año en Roma a la vista de un único testigo, pero de qué excepcional autoridad: ¡el propio Romano Pontífice! (2).

¿Qué se prenuncia en esta continuada presencia de María en el momento de la tempestad? ¿Lograrán la incredulidad y la superstición nublar nuestra fe en Ella?

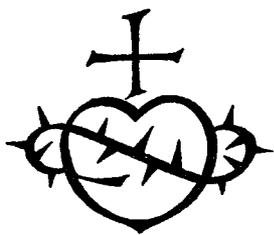
La Iglesia profesa esta fe. Y **acepta también esta esperanza**. Porque mensaje de esperanza es el de la Virgen, apoyada no en motivos históricos o psicológicos que no lograrán nunca tranquilizarnos, sino en **las promesas de su Hijo y en su propia vocación de victoria**. Aquella a quien la Iglesia honra diciendo «**Tu sola cunctas haereses interemisti**» no dejará de vencer ahora, «en este supremo combate contra el poder de las tinieblas». Las declaraciones dogmáticas de su Inmaculada Concepción y de su Asunción en cuerpo y alma a los Cielos son la celebración anticipada de aquel día dichosísimo en que, pasados los dolores presentes, formarán los hombres un solo rebaño bajo el cayado de un solo Pastor (3).

J. B. B.

(1) En su hermosísima obra «*María y la Iglesia*», Scheeben, el profundo teólogo de fines de siglo escribe: «¿Tendría dos madres el cristiano? *La unión en una misma función maternal* de María y la Iglesia, acallaría nuestro escrúpulo.» Y sin embargo la solución de Scheeben, a pesar de su autoridad, deja cierta sazón. La Iglesia es *el seno místico de María*. Tal interpretación fué expuesta por el R. P. Orlandis en una plática a los sacerdotes de nuestra Diócesis en presencia del entonces Rvdmo. Obispo Dr. Irurita, asesinado por los rojos, y recibió su aprobación. Así la resume el propio P. Orlandis en una estrofa que pone en labios de la Virgen: «Místico seno tengo yo en ella — místico albergue para Jesús. — En ella místico yo le concibo — místicamente le doy a luz.»

(2) El hecho, manifestado por el Cardenal Tedeschini, Legado de su Santidad, en el sermón de clausura del Año Santo en Fátima, constituye una revelación completamente excepcional. No tiene paridad con él ni tan siquiera la visión de San Pio V después de la batalla de Lepanto.

(3) Así hablaba Pio IX en la Bula «*Ineffabilis*», por la que fué definido el Dogma de la Inmaculada (8 diciembre 1854): «Nós esperamos, con la más firme esperanza y la confianza más completa que, por el poder de la bienaventurada Virgen María, nuestra Santa Madre la Iglesia, una vez libre de todas las dificultades y victoriosa de todos los errores, *florecedrá en el Universo entero*, conducirá a la vía de la verdad a todas las almas que se extravían y *se hará de todos un solo rebaño bajo un solo Pastor.*»



«Adveniat Regnum Tuum»

## NOVIEMBRE:

### Que extinguido el espíritu de mentira, reviva entre las gentes la confianza mutua

#### I. Explicación de algunas nociones.

La veracidad, que se opone a la mentira, es la virtud que inclina la voluntad a conformar con nuestra mente los signos con que manifestamos algo al prójimo, como son la escritura, la palabra, los gestos. La veracidad obliga a que «cada cual por los signos exteriores se manifieste externamente tal cual es» (S. Th. 2, 2, q. III, a. 1).

Es contrario al orden natural el que los signos que se nos han dado para descubrir a otros nuestra mente sean opuestos a ella o no la reflejen debidamente. Además, sin la veracidad casi no podría subsistir la vida social. Por eso el orden social a que estamos subordinados y que no podemos violar por ningún motivo, exige que reine la veracidad entre los hombres.

La sinceridad plena, pero prudente, nos hace propensos a manifestarnos. Es una cualidad intermedia entre la desconfiada disimulación y la indiscreta revelación de nuestras cosas. En bien de la convivencia social conviene que el hombre no sólo sea veraz en sus palabras, sino lo bastante comunicativo; pero no es necesario que siempre y en todas partes manifieste sus pensamientos, que a veces deberá más bien ocultar.

La fidelidad es la virtud que inclina la voluntad a conformar los hechos con las promesas. La fidelidad tiene suma importancia social, lo mismo que la veracidad y la sinceridad, porque en la fidelidad estriban la fe y confianza en el prójimo. Y aun las mismas relaciones humanas exigen que podamos fiarnos de los que prometen, lo mismo que creemos a los que hablan.

La mentira es un dicho contrario a la mente y proferido con ánimo de engañar. Por lo tanto, contiene estas tres cosas: palabras disconformes al juicio de la mente, voluntad de decir una falsedad y engañar, engaño efectivo de otro. Cuando sucede esto en la vida social e internacional de un modo casi habitual, decimos que el espíritu de la mentira se ha esparcido por el mundo. La mentira es intrínsecamente mala, porque se opone al fin natural para que fué constituida la facultad de hablar, es decir, para que los hombres se manifiesten mutuamente sus sentimientos. Además, la prohíbe la misma ley natural, porque si fuese lícita la mentira no podría haber confianza en la sociedad. La mentira que consiste en las apariencias de hechos externos se llama simulación, y cuando alguien aparenta poseer virtudes de que carece, tenemos lo que se llama hipocresía.

La confianza es la esperanza elevada a un grado superior, la esperanza firme de un futuro auxilio concebida por lo que otros dicen. Tiene confianza el que da crédito a las palabras de quien le ha prometido algo y espera firmemente que se lo dará.

II. Es necesario que el nuevo orden social e internacional se cimiente en normas morales inmutables. Una de las condiciones requeridas es, con palabras de Pío XII (sermón del 24-XII-1940): «la victoria sobre la desconfianza», es decir, la mutua confianza entre las naciones. He aquí las palabras de Pío XII: «La victoria sobre la desconfianza», que como un peso deprimente gravita sobre el derecho internacional y desvirtúa todo acuerdo veraz; un retorno, pues, al principio: «Hermana de la justicia la incorrupta fe» (Horacio, Od. I, 24, 6-7); a aquella fidelidad en la observancia de los pactos, sin los cuales no es posible una convivencia segura entre los pueblos, y sobre todo una coexistencia de los pueblos poderosos y de los débiles. «El fundamento de la justicia es la fe, es decir, la constancia y verdad de los dichos y convenios», proclamaba la antigua sabiduría romana (Cicerón, De officiis, I, 7, 23).

El espíritu de la mentira hace que en estos tiempos en que se ha extinguido el sentimiento de fraternidad entre las naciones se saquen continuamente a luz cosas que dan una idea falsa del adversario, v. gr., divulgando crímenes horrendos como si los hubiera maquinado y perpetrado todo el pueblo. Sistemáticamente se deforma la verdad cuando se trata del adversario. Este es el mayor obstáculo para restablecer la contada cooperación entre los pueblos. Se irrogaría un daño irreparable a la «coexistencia» de las naciones, si desapareciese de la sociedad humana la veracidad juntamente con la justicia, humanidad y caridad. En las relaciones internacionales debe reinar la verdad ante todo y sobre todo. Sin embargo, se podría tal vez decir que en este mundo la verdad es lo más difícil de descubrir. Esto sucede porque son muy pocos los que de hecho la buscan sinceramente en toda su plenitud.

A esta veracidad debe añadirse la fidelidad en cumplir lo prometido. También los pactos internacionales están dotados de fuerza jurídica moralmente inviolable. Por eso el principio «hay que guardar los pactos» es la norma fundamental que debe regir las relaciones de la vida internacional. Si se concluyen impunemente los pactos, seguirá intencionando a la familia humana la dañina desconfianza que actualmente invade todo el orden internacional. Y en este ambiente corrompido es absolutamente imposible que esté segura la vida internacional, la pacífica coexistencia de las naciones, grandes o pequeñas.

III. En el mensaje radiado el 24-VII-1947 se quejaba Pío XII de la falta de sinceridad y veracidad que vicia la vida pública de nuestros días. Se peca contra la verdad sistemáticamente; se emplean la mentira, el engaño y la tergiversación como medios ordinarios para conseguir el fin; se prescinde en absoluto de la moralidad para infundir el modo de pensar propio a los secuaces del partido político. Esta difusión de la falsedad causa un gran detrimento al concepto cristiano de las cosas.

Y este espíritu de mentira y falsedad se manifiesta también en que generalmente los gobernantes de los pueblos no descubren desde el primer momento el verdadero fin que pretenden. Muchas veces uno es el fin que pretenden, otro el que dicen y otro el que se desprende de sus hechos. Amargo fruto de este insidioso método, de esta falsedad, mentira, tergiversación e hipocresía es la división de la familia humana en dos potentísimos bandos contrarios, cuyas mutuas relaciones están viciadas por una desconfianza incurable. Así se explica la esterilidad de tantas conversaciones internacionales. Con razón se podría aplicar a nuestra edad lo que de la suya decía el salmista: «Las verdades no se aprecian ya entre los hijos de los hombres. Cada uno de ellos no habla sino con mentira a su prójimo; habla con labios engañosos y con corazón doble» (Ps. 11, 2-3).

Dice el Sumo Pontífice que para salir de esta tristísima situación y restaurar las relaciones amistosas entre los pueblos vecinos es de todo punto necesario rendir culto sincero a la verdad. Los que con sus doctrinas o con sus obras quieran influir en la suerte de los pueblos deben manifestar abiertamente sus intenciones y el fin que pretenden; no es lícito emplear la mentira y la coacción o las amenazas para coartar a los ciudadanos honrados el pleno ejercicio de la libertad y de los derechos civiles. Jesucristo, que dijo que Él era el camino, la verdad y la vida, prometió también que la verdad nos habría de librar. La verdad de Cristo librará al mundo del durísimo yugo de la mentira y falsedad, y renacerá la confianza mutua en la vida social e internacional.

# EL MENSAJE DE FATIMA Y EL AÑO SANTO

## «JESUS QUIERE ESTABLECER EN EL MUNDO LA DEVOCION A MI CORAZON INMACULADO»

(Fragmentos de la homilía del Emmo. Cardenal Legado de Su Santidad el Papa, en la solemne clausura del Año Santo Universal)



PORTUGAL,  
TIERRA PREDILECTA DE MARÍA

El amor de María tiene por causa, a semejanza del amor de Dios, la generosidad de María; así, amáis a María porque María os amó primero; así, sois tierra de María, porque, impulsada por su amor materno, María escogió esta tierra para tierra Suya. Fué la Madre de Dios quien os escogió, inspirando a vuestros reyes y a vuestros capitanes que la proclamaran Patrona de la nación; escogiéndoos cuando, nobles, ejemplarmente piadosos, os mantuvisteis fieles a María, pasando esta fidelidad a ser la más bella joya de vuestra diadema nacional, y mereciéndoos el título insuperable de Nación Fidelísima.

Y ahora, visitada esta tierra por María, ¿qué otra podía presentarse al Vicario de Cristo y al mundo católico con títulos más valiosos para el privilegio de ser centro de la Cristiandad en las solemnidades de la clausura del Año Santo Universal, bajo las miradas y la lluvia de gracias de la Virgen del Rosario, venida aquí, con el mismo fin que tuvo presente Pío XII al convocar el Año Santo: *el gran retorno y el gran perdón?*

13 de octubre de 1917. Mediodía solar. Multitudes inmensas venidas de todas partes. ¿Y por qué? Por la expectativa del milagro—del gran milagro—anunciado por la Virgen desde el día 13 de julio, y que Ella misma hoy había de realizar.

¡Ansiedad general! «¿Qué milagro será?» «¿Y si el milagro no se realiza, ¿qué irá a suceder?»

### MARÍA VINO COMO MENSAJERA

Es el mediodía. Pero esperad y reprimid por unos instantes vuestra justa curiosidad, queridos portugueses y amados peregrinos; esperad.

María, en la dulce Visión de Fátima, no vino para que yo os describa milagros: *vino como mensajera*. La primera vez, en el día 13 de mayo de 1917. Allí vino la Señora. ¿Quién la anuncia? ¿Quién la espera? Nadie, al contrario de lo que en el mundo ocurre.

Mas ella escoge, no sólo para hoy, sino para sus futuros designios, algunos testigos que después vendrán a ser embajadores. ¿Quiénes son? ¿La Estrella? ¿Los Magos? No; son tres niños, tres pastorcitos. ¡Una vez más, lo contrario del mundo!

Aparece la Señora y habla. En la Anunciación, donde el primero en hablar fué el ángel San Gabriel, la escena se desarrolló con la mayor sencillez que narra la historia. Sencillez; ¡pero al mismo tiempo majestad divina! Mas aquí la sencillez es también humana. Nada de vislumbre de grandeza. Es todo la confirmación de la gran verdad predicada por Cristo. *Hic est maior in regno caelorum*. ¿Quién? Los niños. Y empiezan las palabras que podrían

esperarse misteriosas y que por el contrario son—¡oídlas! —la misma claridad evangélica.

«¿Estáis dispuestos a sufrir? ¿Y a ofrecer vuestros sufrimientos a Dios y al Corazón Inmaculado de María por la conversión de los pecadores?»

«REZAD EL ROSARIO POR LA CONVERSIÓN  
DE LOS PECADORES Y POR LA PAZ DEL MUNDO»

«Rezad el Rosario por la conversión de los pecadores y por la paz del mundo». «Quiero que aprendáis a leer».

¡Un mes después, la misma escena, en el mismo lugar, a la misma hora! Y, lo que es más importante, los mismos niños: «Jesús quiere establecer en el mundo la devoción a mi Corazón Inmaculado. La devoción al Corazón Inmaculado será tu refugio y el camino que te conducirá a Dios».

Tercer mes; tercera visita; tercera e idéntica aparición. La Virgen, como siguiendo un programa, continúa: «Os recomiendo que recéis el Rosario cada día, con intención de alcanzar el fin de la guerra. Sólo mi intercesión puede alcanzar a los hombres esta gracia. Continúad viniendo aquí. Haré una gran milagro, para que todo el mundo lo crea».

«Ofreced sacrificios por los pecadores; y, al hacerlos, decid: ¡Oh, Jesús!, por vuestro amor y por la conversión de los pecadores, y en reparación de las ofensas al Corazón Inmaculado de María. El Santo Padre tendrá mucho que sufrir».

Cuarto mes, cuarta visita y cuarto mensaje: «Oraciones, sacrificios y actos de reparación por los pecadores, muchas almas caen en el infierno porque no hay quien se sacrifique y rece por ellas».

Quinto mes, quinta visita y quinta alocución: «Continúad rezando el Rosario para alcanzar el fin de la guerra».

Llega finalmente el último mes y la misma fecha de hoy: 13 de octubre. Y las palabras de hoy trascienden a devoción propia del mes de octubre: «Yo soy la Señora del Rosario. Rezad el Rosario todos los días. Es necesario que los hombres se enmienden y pidan perdón de sus pecados!»

«NO OFENDAI MAS A NUESTRO SEÑOR,  
QUE YA ESTÁ MUY OFENDIDO»

Y con voz suplicante y dolorosa, y tristeza en el rostro añade: «No ofendáis más a Nuestro Señor, que ya está muy ofendido».

Oísteis y visteis, amados fieles, oísteis hablar a la Madre de Dios, a nuestra Madre, hablarnos a nosotros y de nosotros; hablar seis veces consecutivas en tono suplicante y aspecto triste. Misterios y misterios importantísimos, mas también los más espantosos y en que menos se pensaba son estos de 1917. Mas ¿qué diría la Virgen en 1951?

Un estremecimiento sacude el mundo. Por eso él corre a Fátima, convoca congresos e investiga con ansiedad cuánta

les son sus deberes. No basta saber; es preciso obrar. Dos son los temas principales de María: los pecadores y la guerra.

Para los pecadores, Nuestra Señora pide actos de reparación, oraciones y sacrificios. ¡Que no ofendan más a Nuestro Señor!

Y para que no venga la guerra, María pide el Rosario cotidiano, sobre todo en familia, y la devoción a su Corazón Inmaculado. E insiste: Sólo mi intercesión puede libraros de la guerra. Y dice todavía otras dos cosas: que aprendáis a leer, y que el Santo Padre tendrá que sufrir.

Si es terrible el lugar en que nos encontramos, porque aquí apareció y habló la Madre de Dios, más terrible es la voz de este mensaje, y más aún por ser la voz de la Madre de Dios.

¡Envió Dios a los Profetas; envió después a su Unigénito Hijo; y por ellos anunció castigos! Mas nunca había enviado a su Madre, y hoy la manda como mensajera que no conoce el lenguaje de la ira, sino solamente el de la misericordia. ¿Qué misterio es este?

Pasó el año 1917, y pasó aquella guerra. Sobrevino otra y los males se redoblaron. ¿Qué suerte nos espera, si ahora la voz es de amenaza—de amenaza de una tercera guerra—, y si el rostro de la Señora se muestra tan triste, y, siempre Madre de Misericordia, insiste y recomienda los únicos remedios eficaces?

Yo siento, amados oyentes, como San Juan sobre el pecho de Cristo, las palpitations del Corazón de María, Embajadora y Misionera; Mensajera y consejera; medianera entre el Hijo y Sus hijos. Cómo late aquel corazón y cómo siente una vez más las inconcebibles amarguras de su pasión, la más semejante a la Pasión del Redentor. Este es el Mensaje de Fátima, dolor y ansiedad por la suerte de sus hijos. (...)

Con todo, la Santísima Virgen, que conoce las herejías y a todas las vence, quiso tener de su parte el candor de los niños y ofrecer además al mundo tales pruebas, que ante ellas el orgullo que no se inclina, enmudece. Y ofrece milagros. ¿Qué milagros?

Muchos: entre otros, la curación, tantas veces repetida, de enfermos y de incurables, poniendo sólo una condición, comprobatoria de su intervención y de su finalidad: que cambiasen de vida. Más aún, quiso hacer otro milagro, milagro que no era la curación de un hombre ni la conversión de un espíritu, sino la medicina de una sociedad y la transformación de todo su ritmo. ¿Comprendéis, queridos fieles, que aludo al aspecto de radical mudanza que esta Nación ofrece desde los años de los Mensajes? ¿Obra de Misioneros? ¿Presiones del extranjero? ¿Intervención de intereses que tal aconsejaran? Nada de eso. Únicamente Fátima. Las propias autoridades, y todas las autoridades, darán testimonio del milagro, cambiando progresiva, y rápidamente, de derrotos. Y este testimonio quisieran convertirlo en más amplio, más universal, cuando ahora, pasados pocos años, invitaron al Sumo Pontífice, quien ha delegado a esta humilde persona que hoy os habla; y aquí el Vicario de Cristo encontró otro Portugal: el Portugal histórico; el Portugal de alma cristiana; el Portugal no solamente fiel, sino fidelísimo; el Portugal tierra inalienable de María. Milagros de toda una Nación. ¿No serán estos los milagros que por medio de un acto de su Voluntad, solamente puede obrar la Madre divina, que tiene en sus manos, no diré sólo los destinos de la vida humana, sino también el corazón de los pueblos? El espíritu, bien lo sabéis vosotros, es lo más difícil de manejar, aun delante de la revelación. Tiene la facultad de resistir, facultad que la

naturaleza no posee. Pero veo que vosotros, más aún que los milagros de la tierra, apreciáis los milagros del cielo. Advierto entonces dos cosas: primero, cómo María responde a las súplicas del Papa; segundo lo que María anunció, prometió y cumplió en sus seis apariciones y especialmente en la última. Era entonces Pontífice Benedicto XV, que viendo inútil la fuerza de las armas en aquel tremendo conflicto, y vanos los deseos del Universo, ansioso por conseguir la paz y por evitar aquello que el mismo Pontífice definió como «el suicidio de Europa» dirigió, en 5 de mayo de 1917, una carta a su Secretario de Estado, encargado de notificar a todo el Episcopado que en el siguiente mes de junio, todos los fieles deberían invocar el Corazón de Jesús, mas—y he aquí lo que nos lleva a Fátima—por medio del Corazón de María, y ofrecer a María, a partir de este mes, como más grato homenaje a su Corazón, la invocación de *Reina de la Paz*, que por la referida carta mandaba introducir en las letanías. La carta del Papa llegó rápidamente no sólo al Secretario de Estado y a los Obispos, sino también al cielo. Y, pasados apenas ocho días, vino la suspirada respuesta, que tantos y tan grandes beneficios y tan gran alcance había de traer: la respuesta del 13 de mayo de 1917, inicio de los mensajes. Mas si esto aún parece poco, añadiré—mejor dicho, lo añadirá la Virgen—cosas infinitamente más bellas.

#### «SIGNUM MAGNUM APPARUIT IN CAELO»

El 13 de junio, tercera aparición de la Madre de Dios. María, para animar a aquellos niños asustados con misión tan grande y tan grandes dificultades, dignase prometerles: «Haré un gran milagro, para que todo el mundo lo crea». ¿Cuál será este gran milagro?

Llega la fecha de la sexta visita, con la cual debían terminar las celestiales apariciones. Y los que esperaban el milagro habían visto en el cielo un globo luminoso que, majestuoso y lento, pero irradiando una luminosidad intensísima, atravesaba el espacio en dirección a Cova de Iria. Pero no era esto lo que la Virgen definía como un gran prodigio; era apenas su prelude. Llega el día de hoy, sexta y última aparición, sexta y última vez que la Virgen convocaba a los niños para los encuentros de Fátima. Y ahora escuchad; ¿quién vió jamás un milagro en el sol o quién jamás lo hizo? Nuestro Señor, sí; pero en la hora de su muerte. El Sol se oscureció, la tierra tembló, los muertos resucitaron.

San Dionisio, el Areopagita, asustado por el obscurecimiento del Sol, distinto de todos los eclipses, exclamó en aquel día: «O el Dios de la Naturaleza sufre, o la Naturaleza se disuelve». Mas, de entre todos los hombres, ¿quién podría jamás maniobrar en el sol a su talante? Josué, lo pidió a Dios como una gracia para completar su victoria, pero el Sol no se movió. «Sol contra Gabaon, no te muevas». Esperó a que el enemigo fuera desbaratado. Es verdad que también Isaías, obrando en nombre de Dios, maniobró en el Sol e hizo que retrocediese diez grados la línea del reloj solar. Pero aquello que la Virgen Santísima ideó y realizó para honor de su palabra, sólo Fátima lo ha visto. Sólo Fátima vió lo inaudito, lo inconcebible, lo nunca visto. Con todo, vió aún mucho menos de lo que Dios y la Virgen tenían dispuesto, pues la misma Virgen, en su cuarta aparición, de 19 de agosto, declaró: «El milagro prometido para el mes de octubre, será menos espléndido, por causa de los malos».

Henos aquí delante de María. De repente la lluvia cesa, disípanse las densas nubes y el Sol aparece en el cenit,

semejante a un disco de plata, y todos los ojos, cual si fueran ojos de águila, pueden mirarlo fijamente sin sentirse molestos. Y luego empezó a girar sobre sí mismo, como una rueda de fuego proyectando en todas direcciones lumínicos haces de colores, incesantemente variados.

El Sol se detiene por un instante, para recomenzar después, más variada, más colorida, aquella espectacular danza de luces.

De nuevo se detiene, y por tercera vez vuelve a girar sobre sí mismo, en una girándula de luces y colores que hoy nos es imposible imaginar. Y, de repente, millares y millares de peregrinos, ven al Sol destacarse del firmamento, girando siempre como si se aproximase a la tierra, para precipitarse sobre ellos. «¡Dios mío, Misericordia! ¡Virgen Santa! ¡Virgen Bendita!», gritan los peregrinos, y del fondo de los corazones brota la súplica: «¡Virgen del Rosario, salva a Portugal!»

¡*Signum Dei!* Vimos la señal de Dios—tal era la reflexión que, asombrada, se hacía la multitud. María, *amicta sole*, apenas había, entre tanto, sacudido por unos momentos la orla de su manto celestial. El Sol había obedecido, y obedeciendo, dejaba impreso sobre sus mensajes de Fátima un sello tan brillante como nunca lo pusiera ningún emperador.

Todo esto es grandioso, todo es digno de la Reina de los Cielos, todo maravilla jamás vista.

#### LA REPETICION DEL MILAGRO DE FÁTIMA EN ROMA

Todavía, y sólo a título personal, diré a mis nuevos y viejos amigos portugueses, y a los peregrinos a ellos unidos, una cosa más maravillosa. He de deciros que otra persona vió este milagro, y lo vió fuera de Fátima, lo vió a años de distancia, lo vió en Roma. Fué el Papa, el propio Pontífice. Pío XII. ¿Constituyó un premio esta gracia? ¿Fué una señal de divino y soberano agrado por la definición del Dogma de la Asunción? ¿Fué un testimonio celestial para autenticar la conexión de las maravillas de Fátima, con el centro, con el que es Cabeza de la Verdad y del Magisterio católicos? Las tres cosas al mismo tiempo. Eran las cuatro de la tarde, de los días 30 y 31 de octubre y 1 de noviembre del año pasado, 1950. Era la misma hora de la octava del primero de noviembre—esto es, del día de la definición dogmática de la Asunción de María. En los jardines del Vaticano volvió hacia el Sol la mirada, y entonces se renovó ante sus ojos el prodigio de que fuera testigo años antes este mismo valle, en este mismo día. El disco solar circundado por un halo, ¿quién lo puede mirar? Lo pudo él durante aquellos cuatro días; bajo la mano de María, pudo asistir a la venida del Sol, agitado, convulso, palpitante de vida, a transmitir en un espectáculo de celestes movimientos, silenciosos pero elocuentes mensajes al Vicario de Cristo. ¿No es esto Fátima trasladada al Vaticano? ¿No es esto el Vaticano transformado en Fátima? Mas el binomio Fátima-Vaticano evidencióse como nunca durante el Santo Jubileo.

Entre las grandezas de Dios, dos hay que se ven en todas partes, pero que nunca se ven plenamente: la omnipotencia y la misericordia. Avanza Dios invisible y habla a Moisés entre rayos y relámpagos, y le da el código de la Ley. ¿Es ésta toda su fuerza? No. Pero, ved ahora a Dios que avanza, esta vez apenas oculto bajo el velo de la humanidad, y que multiplica los panes. ¿Será esta ahora toda su fuerza? Aun no. Podemos imaginarla, pero no la podemos ver.

Lo mismo acontece con los misterios de la naturaleza. Rásgase un velo, se descifra un secreto, se descubre un nuevo horizonte. ¿Es esta la gran fuerza que Dios oculta en la naturaleza? No. Un descubrimiento no nos muestra lo infinito de la obra de Dios. Es un principio, no es el fin. Sirve apenas para hacernos pensar que los secretos mucho mayores continúan ocultos entre los misterios de la creación. Por eso vemos la omnipotencia de Dios más por la imaginación que por la observación directa. Cada nuevo descubrimiento es una gloria para Dios, pero también una humillación para nosotros, «et non invenient opus eius», dice la eterna Sabiduría.

La otra grandeza de Dios que jamás se puede ver en su plenitud, es su misericordia. «Infinitas misericordiae tuae thesauros»—dice la Iglesia—. Misericordia es la inspiración que el pecador siente, misericordia el permitir que el pecador viva. Pero ¿está aquí la misericordia en toda su plenitud? No, la plenitud de la misericordia está sólo en el sacrificio de la Cruz.

En Fátima tuvimos una de las mayores demostraciones de la misericordia y de la omnipotencia que Dios nos quiso dar. «Dos cosas oí—dice el Salmo—que tú eres poderoso y misericordioso». La demostración fué María quien nos la dió. Vimos la omnipotencia manifestada a través del milagro del Sol. Veamos ahora la misericordia del mensaje de Fátima.

¿Qué son los mensajes de Fátima? Son la vida del cristiano; son los deberes del cristiano; son un aviso para la conversión de los pecadores, y son también, no diré una amenaza, sino una previsión o profecía de que, si no se vive la vida cristiana con sus deberes, y si los pecadores no se convirtieren y dejaren de ofender a Dios, ya muy ofendido, la fuerza de Dios se manifestará, y la misericordia podrá apenas mitigar el castigo.

#### PÍO XII Y FÁTIMA

¿Qué es el Jubileo? Es la prodigalidad de la Iglesia al distribuir los tesoros del patrimonio de Cristo. Es toda la ternura y generosidad maternal de la Iglesia al llamar a sus hijos para el retorno y el perdón.

Un punto inspira todo el Pontificado del Papa: *Fátima*—13 de mayo.

¿Por qué? Porque si es el Papa el ejecutor de toda la palabra de Dios y hace además que los otros la cumplan, mucho más lo es de las palabras que Dios le transmite por medio de María. ¿Qué Pontífice podrá olvidar que sin duda fué la voz de María la que sonando amorosa después de la negación a los oídos de Pedro lo arrojó a los pies de Cristo? Y ¿quién podrá también olvidar que María, respondiendo con prontitud a la súplica de Benedicto XV, quiso igualmente vincular a Sí la persona y el futuro de Eugenio Pacelli, haciendo consagrar, con la plenitud del sacerdocio al joven prelado por las manos de Benedicto XV, en la Capilla Sixtina, precisamente en el día y en la hora en que la Virgen Santísima, trayéndonos sus mensajes, bajaba en Fátima por primera vez? Era aquel día 13 de mayo de 1917, que todos tenemos en el corazón. ¿Cuánto más no lo tendrá el Papa en el suyo? Yo agradezco a Dios el haber estado presente y poder hoy recordar este principio de los grandes misterios que debían realizarse en la persona de Pío XII. El Papa, así como hoy tiene fijas en Fátima sus miradas, tuvo presente a Fátima, a la Virgen y a Sus mensajes en la proclamación del Año Santo. Año Santo que no fué otra cosa sino el cumplimiento de

estos mensajes. Debo decir, asimismo, que Fátima y sus Mensajes estuvieron presentes en el espíritu del Papa, aun antes de la proclamación del Año Santo—esto es: siempre, durante todo su Episcopado y todo su Pontificado—. Pues de otro modo, ¿quién podrá explicar el ansia verdaderamente filial del Santo Padre al querer, por dos veces en el breve espacio de cuarenta días, en 31 de octubre y en 8 de diciembre, anunciar primero, y en seguida ejecutar en la Basílica de San Pedro, la consagración del género humano al Inmaculado Corazón de María?

Observad todos los actos del Papa durante el Año Santo. ¡Penitencia! Esta es la nota dominante de los Mensajes de Fátima. Como en los oráculos antiguos, también en Fátima llama Dios a los hombres al gran retorno y al gran perdón. ¿Quién fué durante todo el Año Santo, así como antes y después del mismo, el ejemplar y suave modelo de penitencia cristiana? El Santo Padre.

Vióle el mundo, y también Cristo le vió complacido, llevar en la procesión del Año Santo, a través de Roma, la gran cruz de la penitencia. Le vió el mundo y Cristo le vió, con más agrado que ninguno, y todos los días, el mundo y Cristo le ven abnegado y penitente, en cada minuto del Año Santo, en cada minuto de toda su vida, ¿de quién es la vida del Papa? ¿Suya? No; es de todos, y es de todos más de lo que sería debido; de todos, a todas las horas, para todos los asuntos, y cualesquiera que sean las dificultades. «Maxima penitentia, vita comunis» — como dijo un Santo—; mas «comunis» y voluntariamente con todo el mundo, con todas las costumbres, con todos los insatisfechos. (...)

La paciencia es el aspecto más dulce de la penitencia. Y si es agradable a Dios este aspecto, más agradable resulta para nosotros, a quienes beneficia. Vida consagrada toda a la Iglesia, la de Pío XII, desde la primera juventud, y mucho más consagrada a la Iglesia y al pueblo durante su Pontificado, e infinitamente más, ante la maravilla y edificación de todos, durante el Año Santo. (...)

¿Y qué hizo por Fátima más directa y particularmente? Os hemos dicho ya que el Año Santo es una aplicación de Fátima; mas dije también cuánto más bello y más conmovedor y más eficaz hizo Pío XII por la Virgen del Rosario de Fátima: recomendar el amor al Corazón Inmaculado de María; inculcar Su devoción; consagrarse a sí mismo y consagrar el mundo entero a aquel bendito Corazón y dar ejemplo de devoción y de consagración en Roma, en San Pedro, en el día solemne de la Inmaculada del año 1942.

Sólo ahora se comprende bien con qué afecto dió vida a aquellas dos cosas en las que tenía fija la mirada en aquella altura: «Charitas Mariae urgetnos». ¿Quién podría decir ahora que el Papa introdujo la devoción al Santo Rosario en honra de Aquella que dijo en Fátima: «Yo soy la Señora del Rosario?» El Rosario es un arma antigua e invencible de las legiones cristianas contra todas las hordas enemigas. Pero el Papa, obedeciendo a María y con el antiguo espíritu, suyo y de la Iglesia, con paternal solicitud, insiste para que el Rosario sea de hecho la oración cotidiana, familiar y tradicional, que enlaza todos los afectos de la casa y familia cristiana; y resuena aún en nuestros oídos la voz de la reciente Encíclica, que en vísperas de este mes de octubre dirigió él a toda la Iglesia. Y resuena más todavía la voz de su ejemplo: ¡el Papa recitando el Rosario en su oratorio particular, transformado en hogar doméstico del mundo entero, seguido, gracias a la radio, por todos los fieles del universo! ¡Qué magnífico homenaje a los Mensajes de Fátima, que tanto insisten en el rezo del San-

to Rosario como medio para alcanzar la paz y como llamada a los pecadores!

Orar por los pecadores, pensar asiduamente en la conversión de los pecadores; aceptar y ofrecer sacrificios para que todos ellos vuelvan a Cristo. ¿Qué es todo esto, sino toda la vida, toda la obra y toda el ansia del Sumo Pastor de la Iglesia? Tal es su idea, tal su palabra, su pena tal en todo el continuo, progresivo e incalculable ministerio apostólico del Papa.

#### SALUS MUNDI MARIA

Hay, todavía, otro objetivo que une al Papa más íntimamente a Fátima y a Nuestra Señora de Fátima más que a ninguna otra cosa del mundo, pues ha sido el constante denominador de sus penitencias, oraciones y penas: la paz. «Rezad para que la guerra acabe; ¡rezad para que el castigo no vuelva; ¡rezad! porque Dios ya está muy ofendido» son las palabras de María.

Pero ¿habrá por ventura un solo discurso, una sola allocución, una sola iniciativa en que el Papa no ore, y no pida oraciones por la paz, no suplique para que la guerra no vuelva, no esponga y no recomiende los únicos principios capaces de alejar la guerra y asegurar la paz?

Por este objeto, por esta ansiedad, que une el corazón de todos sus hijos, El está aquí, presente en espíritu en la persona de su humilde Legado, para implorar más eficazmente la paz. La paz; ¡oh!, amados oyentes, está ligada a la misericordia de Fátima, y con mayor confianza que nunca, el Pontífice acude y está obligado a pedir para que nosotros no nos olvidemos, ni la Virgen se olvide, que el Episcopado del Papa nació con Nuestra Señora de Fátima, el Jubileo se unió al jubileo de las apariciones de Fátima, y para que otros jubileos del Papa coincidan con Fátima, espera, desea y pide a Dios y al mundo. (...)

Gruta de Belén y Cova de Iria, uníos con el Papa, uníos en María que nos dió a su Hijo infante—y que hoy nos lo vuelve a dar—, aplacado, todo corazón, todo perdón. Y tú, ¡oh Cova de Iria!, que viste el prodigio del Sol, da gracias por el infinito portento, y a María, dulce Madre nuestra, dile nuestra admiración, nuestra fe, nuestro entusiasmo. Y tú, ¡oh Gruta de Belén!, recuerda a María el nacimiento del Príncipe de la Paz, y dile que nosotros, admirando el prodigio del sol en Fátima, más que nunca ansiamos, necesitamos, imploramos el prodigio del Sol de Belén.

Y por el Sol de Belén esperamos que se repita aquel canto, el más bello, el más armonioso, el más digno del cielo, que los ángeles cantaron: «Gloria en los cielos y paz sobre la tierra a los hombres de buena voluntad». La buena voluntad, ¡oh Madre!, infúndela tú a los hombres, si es que no prefieres, como ahora, a nuestra Santa Iglesia, «nostros etiam rebelles compellere propitias voluntates».

Cuando esto suceda, partirán de aquí los dos arcángeles que tomarán parte en la lucha y en la victoria: San Miguel, nuestro Capitán, cambiando su valiente reto: «quis ut Deus», por este otro que tanto debe agradar al Hijo de Dios: «quis ut Maria», y Gabriel, el de la primera embajada, o el de la primera «Ave», el que, después de la Anunciación, salió de Nazaret meditando aquella humildad que mereció la salvación del mundo, hoy, cuando venga la paz, meditará que la esclava del Señor gloriosa, elevada al cielo en cuerpo y alma, nos trajo una nueva redención, un nuevo júbilo, una nueva salvación, y nos anunciará lo que fué siempre verdad, pero que nosotros esperamos y suplicamos se renueve por medio de Fátima. Salus mundi Maria.

# FATIMA Y LA CRITICA

En el número correspondiente al pasado mes de mayo, la revista portuguesa «Broteria» publicó el presente artículo sobre Fátima, debido a la autorizada pluma del P. Luís G. de Fonseca, que, por su valor y actualidad, nos complacemos en reproducir. Aun cuando ya, después de los testimonios multiplicados de Su Santidad el Papa y de la Iglesia, parezca estar de más ahora el comentario defensivo contra una crítica que, si proviniera del campo católico, debe forzosamente batirse en retirada.

**R**ecientemente se han levantado algunas objeciones acerca del caso de Fátima por parte de escritores católicos, y por cierto bien intencionados. Tal vez el mejor medio de responder a esos críticos fuera el seguido por el señor Obispo de Leiria. Cuando le hablan de la conveniencia de refutar tales afirmaciones, suele decir solamente: «¡Dejémoslos hablar! Nuestra Señora se va encargando de refutarlos estrepitosamente.»

En Portugal, a lo que me dicen, apenas llegan los ecos de lo que fuera se ha dicho y escrito a este respecto. Mas, como parece haber quien se ha dejado impresionar por algunas de esas objeciones, juzgo oportuno examinar, al menos, las principales.

Unos, por ejemplo, afirman que las obras escritas hasta ahora sobre Fátima carecen de espíritu crítico y están mal documentadas; otros, que ciertos hechos no están suficientemente probados; otros aun querrian la publicación íntegra e inmediata de todos los escritos de la principal vidente; pero esos escritos nada contienen de importancia para la historia de las apariciones y de la devoción a Nuestra Señora de Fátima que no esté ya publicado. Apenas podrian, tal vez, suministrar algún pormenor inédito para la biografía de los videntes, o algún episodio de carácter íntimo, cuyos protagonistas no desean pasar a la Historia. Un crítico me censuró de haber falsificado los documentos, porque en alguna que otra cita omití alguna frase que no venía a propósito, substituyéndola por reticencias, y porque había corregido ciertos yerros de gramática.

Por lo demás, hay crítica y crítica. Una crítica bien intencionada, justa, razonable, prudente y no desprovista de buen sentido, es útil y hasta necesaria, pues contribuye a establecer y aclarar la verdad. De lo contrario, por más que se ufane de alta o científica, sólo contribuye a oscurecer y complicar hechos muy sencillos y perfectamente explicables.

\* \* \*

La campaña anti-Fátima no es de hoy ni de ayer. Apenas habían comenzado las apariciones, cuando el sectarismo, la masonería imperante y el librepensamiento corrieron a las armas. Las armas fueron entonces el ridículo, la mentira y calumnia más descarada, el insulto, la violencia. Llegó a movilizarse la policía y la tropa regular: hubo espadas y bombas de mano. Véanse en las obras de *Galamba de Oliveira* o *Costa Brochado* (1). Perdida la batalla, el sectarismo retiróse a un silencio despechado.

Al mismo tiempo, por parte de los católicos había, si así la podemos llamar, la campaña del silencio. Es cierto que no faltaron algunos que hablaron hasta demasiado, alistándose francamente con los adversarios de Fátima, convencidos de que allí no había sino credulidad popular y superstición. Pero la Iglesia, en general, se mantuvo en prudente y serena expectativa, observando los hechos, examinándolos cuidadosamente, sopesando las dificultades, sin pronunciarse durante largos años; tanto, que los párrocos de los alrededores fueron censurados como cómplices de los enemigos de la Iglesia. Cuéntase que el propio señor Obispo, en una crisis más aguda de reumatismo, oyó este poco gentil cumplimiento de una dama de la buena sociedad: «¡Bien empleado! ¡Castigo de Nuestra Señora, por-

(1) J. GALAMBAR DE OLIVEIRA: *Fátima é proba*. (Gráficas Leiria, 1946). — COSTA BROCHADO: *Fátima a luz da história*. (Portugália Editora, Lisboa, 1948).

que no quiere aprobar las apariciones de Fátima!» También esta campaña pasó a la Historia, con todas las dificultades que la motivaban, enterradas hace más de veinte años.

\* \* \*

Las objeciones contra Fátima pueden leerse en revistas y otros impresos; pero las hay también que corren de boca en boca. Por ejemplo: en Alemania, en Bélgica y en otras partes dícese que la actitud de Roma respecto de Fátima está substancialmente cambiada. A un breve período de consideración y entusiasmo sucedió la frialdad, el desinterés, la desilusión. Hasta hubo quien se atrevió a decir que Su Santidad declaró a un personaje colocado muy arriba en la jerarquía, que Fátima era «die grösste Enttäuschung Seines Pontifikates», *el mayor desencanto de su Pontificado*; y, naturalmente, ni quiere oír hablar de ella.

De Francia escribíame, hace tiempo, que constaba que, en una gran reunión del clero, uno de los concurrentes dió la noticia de que el Sumo Pontífice, o tal vez el General de los Jesuitas por su orden, había nombrado una comisión presidida por el Rvdo. P. Eduardo Dhanis, S. I., distinguido profesor en la Facultad Teológica de Lovaina, para estudiar el caso de Fátima, y que la comisión se había pronunciado en contra por unanimidad.

No sé si es la misma comisión la que en Alemania apareció de esta otra forma: Dos padres jesuitas se presentaron al Romano Pontífice para demostrar a Su Santidad que toda la historia de Fátima era pura invención. La noticia, se decía, fué dada por primera vez el 3 de mayo de 1948 en Colonia, en una conferencia del Clero.

No hablemos de las pretendidas audiencias de Su Santidad a Lucía, de los mensajes de secretos catastróficos por ella revelados al Papa, etc.

Quien vive en Roma sabe qué valor dar a todos estos «se dice». Sabe, por ejemplo, que precisamente en estos días se está ultimando la capilla de Nuestra Señora de Fátima en la Iglesia jubilar de San Eugenio, con manifiesta complacencia de Su Santidad. Habrá leído en las noticias de las peregrinaciones nacionales, que Su Santidad recorrió más de una vez a los peregrinos portugueses el mensaje de Fátima, que era como el mensaje anticipado del Año Santo. Pero, en fin, bastaba la coronación de la imagen taumaturga, hecha por el Padre Santo el 13 de mayo de 1946 por medio de su legado *a latere*, solemnidad a que Su Santidad quiso dar el significado de una declaración de la «Realeza mundial» de María, para decirnos, sin sofisma posible, cuáles son los sentimientos íntimos y manifiestos de Pío XII y para deshacer semejantes rumores. Puedo añadir, porque lo sé con plena e inmediata certeza, que Su Santidad, respondiendo a quien le preguntaba si tenía algún fundamento la frase que le atribuían del mayor desencanto..., exclamó: «Pero, ¡Señor! ¡Qué cosas inventan!». Y luego autorizó para desmentirla categóricamente, autorización que después dió repetidas veces (2).

Respecto a la comisión presidida por el Rvdo. P. Dhanis, el propio ilustre profesor informa que no existió nunca...

¿Y las visitas de Lucía a Roma y al Padre Santo? Es público y notorio que Lucía nunca salió de la Península Ibérica y que vive actualmente apartada del mundo en perfecta clausura.

(2) *Bote von Fatima*, n. 89 (10 mayo 1950), p. 375.

Dejemos, pues, las objeciones orales, que no pasan de ser puros inventos, y vamos a las principales objeciones que hallamos escritas.

Tal vez el primero en formularlas fué el mencionado profesor *Dhanis*, en dos artículos publicados en 1945 en la revista «*Streven*», pp. 129-149, 193-215, y reunidos después en un volumen de cien páginas (3).

En él se inspiraron *Otto Karrer* (4), *Karl Schaezler* (5), *B. Brenninkmeyer* (6), *Ch. Journet* (7) y *P. De Letter* (8).

En nuestro estudio tenemos ante los ojos estos escritos, pero, principalmente el de *Dhanis*, porque recoge, puede decirse, todas las objeciones viejas y nuevas, aunque reconoce que muchas no tienen gran fuerza probatoria. Los otros casi se contentan con repetir las mismas cosas, rara vez con alguna prudente reserva, frecuentemente confundiendo y exagerando, por evidente ignorancia de los textos, los hechos que critica.

Mencionemos todavía, pero en categoría aparte, a *C. C. Martindale* (9), el cual repite algunas dificultades de los críticos, pero las aprecia con más objetividad y mejor información histórica.

## I

La crítica, desde que se dió a estudiar el problema de Fátima, insiste en distinguir la historia *antigua* de la *reciente*, y sentencia: la antigua, como se lee, por ejemplo, en la primera edición portuguesa de nuestra obra, *Nuestra Señora de Fátima* (10), aunque se presta a no pocas objeciones, puede, con todo, aceptarse en su conjunto, y parece exigir una intervención sobrenatural. Al contrario, la reciente, escrita después de 1941 y enriquecida con los pormenores dados por la Hermana *Lucia* de Jesús, no resiste a una crítica seria. Salvo, tal vez, un pequeño núcleo, más o menos histórico, el resto debe considerarse como simple decoración romántica.

Confieso que la distinción, en el sentido de los críticos, no me agrada; sin embargo, aceptémosla provisionalmente, porque sirve para poner algún orden en las dificultades.

Las principales objeciones contra la historia antigua son, por ejemplo: a) los tres videntes estaban, tal vez, sugestionados por la historia de las apariciones de *La Salette*; b) por aquel tiempo padecieron una «alucinación banal», la cual, evidentemente, proyecta algunas sombras sobre las apariciones; c) y lo peor es que atribuyeron a la virgen un yerro manifiesto: el fin de la guerra mundial en aquel mismo día 13 de octubre de 1917 (11); d) tenemos, es verdad, el prodigio solar, la señal más palpable de alguna intervención sobrenatural. Adviértase, no obstante, que los autores, en particular *Barthas* y *Jonge* lo exageran

(3) E. DHANIS: *Bij de Verschijningen en het Geheim van Fatima. Een kritische Bijdrage* (1945). De Kinkhoren, Brugge-Brussel. [A propósito de las Apariciones y del Secreto de Fátima: estudio crítico]. Es justo reconocer que la intención de *Dhanis* es buena. Convencido de que, en el milagro de Fátima, se puede prudentemente admitir un buen núcleo de origen sobrenatural, propónese de limpiarlo de incrustaciones legendarias que supone se han formado a vueltas de él, como también de los «embellecimientos» con que la principal protagonista recientemente lo enriqueció, y que él teme sean producto de autosugestión inconsciente. El mal del libro no está tanto en las conclusiones, que abajo reproducimos, cuanto en el método del análisis. Comenzando por formular objeciones aun sobre los hechos históricamente bien averiguados, sea por deficiencia de información, sea por preferir hipótesis científicas, induce fácilmente al lector incauto a creer que toda la historia de Fátima está en el aire. Véase *Nova et Vetera*, o *La Vie spirituelle*, que abajo se citan.

(4) OTTO KARRER: *Privatoffenbarungen und Fatima* (Schweizer Rundschau 47, 1947, 487-497).

(5) KARL SCHAEZLER: *Fatima nüchtern betrachtet* (Hochlan 40, 1947-8, 392-394).

(6) BERNWARD BRENNINKMEYER, S. I.: *Zu den Erscheinungen und der Botschaft von Fatima* (Geist und Leben 21, 1948, 214-220).

(7) CH. JOURNET: *Bibliographie, Spiritualité Dhanis, les apparitions et le secret de Fatima* (*Nova et Vetera* 14, 1948, 186-188). *A travers les revues: Notre Dame* (*La Vie Spirituelle* 70, 1948, 537-539).

(8) P. D. ELL [ETTER], S. I.: *Our Lady of Fatima* (The Clergy Monthly [Ranchy-Bihar, India] 13, 1949, 252-258).

(9) C. C. MARTINDALE, S. I.: *The Message of Fatima* (London, Burns Oats, 1950).

(10) L. G. DA FONSECA: *Nossa Senhora da Fatima* (Porto, 1934). [Ou *La Meraviglie di Fatima*, 2.<sup>a</sup> ed. (Casale Monferrato, 1932). L. G. DA FONSECA-GARRET-DANIEL SWEENEY: *The Wonders of Fatima* (Bombay, 1933).

(11) Cfr. *Dhanis*, p. 28 ss.

demasiado, más de lo que permiten los documentos (12).

Ante estas dificultades, la crítica parece vacilar; pero, en fin, reconoce la preponderancia de los argumentos en pro: tanto más, que se les junta la aprobación eclesial, y la misma Roma parece mostrarse favorable (13).

Hablo de los críticos moderados. Porque a los extremistas no les disgustaría reducirlo todo a pura fantasía, no sé si de los niños, si de los tales autores; y, entretanto, nos brindan con estos comentarios «ultracientíficos»: «Se nos habla de una danza del sol y de una lluvia de flores, y, después de esto, se nos dice que el mayor milagro, «el milagro de los milagros, es la situación actual de Portugal» (p. 286). ¿Por quién nos han tomado ustedes, señores? El *Imprimatur* puede garantizarles de herejías, pero es impotente contra la necedad. ¡Oh gran Virgen misteriosa del Evangelio, oh Madre de los siete Dolores!, vuestros fieles, en estos días en que tienen necesidad de Vos más que nunca, ¿no tendrán para respirar más que estas flores de papel? Y si habéis querido revelaros a una pastorcilla para hacer comprender al mundo lo que es «el Reino», ¿habrá que decir que la política explota hasta esta vuestra condescendencia?

La *Vie Spirituelle* (dicbre. 1948, p. 538) halla esta diatriba de *Nova et Vetera* (mayo-agosto de 1948) simplemente «magnífica» (14).

Dejémoslos en paz; y volviendo a los reparos de la crítica más razonable, comencemos por el prodigio solar.

*Dhanis*, para honra suya, acaba por admitir que el fenómeno solar, considerado en sí mismo y en sus circunstancias —predicho tres meses antes—, parece exceder las leyes comunes de la naturaleza y puede considerarse como señal probable del cielo, que parece garantizar lo sobrenatural de las apariciones (15). Mas, antes de llegar a esta conclusión, cree su deber de crítico imparcial y concienzudo cercenarlo de todas las exageraciones bordadas por el entusiasmo; y raciocina así:

De los primeros testimonios publicados, los del Vizconde de *Montiello* (16), *Avelino de Almeida* (17) y el doctor *J. N. de Almeida Garrett* (18) pueden retenerse como

(12) DHANIS, p. 22-23.

(13) DHANIS, p. 31 s.

(14) La diatriba, dirigida nominalmente contra *Barthas* y *L. G. de Fonseca*, contiene: 1) Una calumnia contra *Barthas*, el cual en un capítulo de más de 20 páginas (*Fátima, merveille inouïe*, pp. 265-287) sobre la renovación católica de Portugal toca de pasada la readquirida prosperidad económica y social, y sólo para demostrar que la acción benéfica de la Virgen se reflejó aun en ella; 2) Una calumnia contra *L. G. de Fonseca*, el cual, en casi veinte páginas sobre «la renovación religiosa de Portugal», consagra dos líneas (exactamente 2 y 1/7) a la política, para decir: «No hablamos de la renovación política, nacional e internacional. Hablamos de la regeneración moral y religiosa.» (*N. Senhora da Fatima*, p. 372: Cf. *Meraviglie*, p. 269; 3) Una injuria contra el Episcopado portugués, que, en Pastoral colectiva, describía «la profunda transformación obrada en veinticinco años por la Aparición de la Virgen en Fátima, hasta el punto de no reconocerse el Portugal de hoy» (citada en *L. G. de Fonseca, N. S. da Fatima*, p. 260); 4) Un desacato contra Su Santidad Pío XII, que en dos solemnes documentos «uniéndose a sus hijos de Portugal», «con ellos agradecía a la Madre de Dios haber salvado a Portugal en una hora trágica, colmándolo de beneficios realmente extraordinarios». (*A. A. Sedes* 34, 1942, p. 314 s.), «en los tres últimos decenios, equivalentes a siglos por las crisis atravesadas y por los beneficios recibidos». (*A. A. Sedes*, 38, 1946, p. 265); 5) Y, sin embargo, un ejemplo característico de la «escrupulosa seriedad» de ciertas críticas contra Fátima.

Añado que el crítico de *Nova et Vetera* en la primera parte del artículo, donde hace apenas oficio de «reportero», amontona en pocas líneas muchos errores: (1) Consagración al Corazón de María en 1943; 2) Apariciones «mes por mes» de un ángel que prohíbe decir nada a los padres; 3) Profecía realizada de una guerra civil en Portugal; 4) Peticion de la consagración de Rusia formulada por el «entourage ecclésiastique de Lucie»; 5) Profecía de la conversión de Rusia antes de la paz; 6) La «profecía» de la consagración de Rusia no aparece antes de 1938, etc. Pero *Ch. J.* confiesa no haber leído el libro que resume, y muestra no haber leído tampoco los autores que critica.

(15) DHANIS, pp. 25-28.

(16) *Os acontecimentos da Fatima* (Guarda, 1923, p. 9).

(17) «... A los ojos deslumbrados de aquel pueblo, cuya actitud nos transporta a los tiempos bíblicos, y que, pálido de asombro, descubierta la cabeza, mira al cielo, el sol tembló, el sol tuvo movimientos bruscos nunca vistos fuera de todas las leyes cósmicas, el sol «bailó», según la típica expresión de los campesinos...» (*O Século*, 15-10-1917).

(18) «Este disco nacarado... giraba sobre sí mismo con una velocidad arrebatadora. De repente oyese un clamor como un grito de angustia de todo aquel pueblo. El sol, conservando la velocidad de su rotación, desprendese del firmamento, y sanguíneo avanza sobre la tierra, amenazando aplastarnos con el peso de su ígnea e ingente mole. Son segundos de impresión terrorífica». Cf. *L. G. DA FONSECA, N. Senhora da Fatima*, página 126 s.

elementos del prodigio: la perfecta visibilidad del sol durante bastante tiempo, sin molestia para la vista; el movimiento rotatorio, calificado de danza y comparado a una rueda de fuegos artificiales; los haces de luz que sucesivamente tomaban los colores del arco iris. Un cuarto testigo, el misionero Ignacio Lourenzo, añade que, en un momento dado, el sol pareció desprenderse del firmamento y descender en zig-zag, para subir, después, del mismo modo (19); pero es de notar que esta declaración se escribió catorce años más tarde, y, por eso, aquella bajada en zig-zag de que nadie habla, puede considerarse exageración de estilo y perspectiva. Probablemente, el movimiento rotatorio dió por un instante la impresión de que el sol amenazaba desprenderse y caer... pero amenazas no son hechos (20).

Evidentemente que amenazas no son hechos, a no ser que se pongan en ejecución. Y éste es nuestro caso. Lo atestiguan los mismos documentos que el crítico aduce, pero de los cuales no tiene suficiente cuenta en su reconstrucción del fenómeno. El doctor Almeida Garrett concuerda perfectamente con el misionero Ignacio Lourenzo, y es imposible reducir su descripción a simple rotación o danza del sol en el mismo punto del espacio. El sol, que desde el cenit, «girando rápidamente sobre sí mismo, avanza sobre la muchedumbre como para aplastarla», necesariamente, a quien lo ve de frente, le da la impresión de descolgarse de arriba abajo, trazando una línea sinuosa o, como diría cualquier hombre del pueblo, en zig-zag. Y ni más ni menos lo que describe el cuarto testigo. El cuarto y tantos otros.

Tuve ocasión de entrevistarme con uno de los testigos oculares más calificados, el Barón de Alvaizere, que, en aquel 13 de octubre, fué a Fátima con el propósito de divertirse a costa de los millares de simplones que daban crédito a las fantasías de tres pobres niños analfabetos.

—¿Podía V. E. describirme exactamente el fenómeno solar?

—¿Por qué no? Mire; fué así...

Y con el índice dibujó el sol girando rápidamente sobre sí mismo primero en el cenit y luego, descolgándose a lo largo de una elipse cuyo eje principal casi tocó la línea del horizonte.

Descripción gráfica, pero elocuente: sin palabras lo decía todo. De hecho, tenemos «la danza del sol y los movimientos bruscos nunca vistos» de que habla el redactor del *Século*; tenemos el sol, que, «conservando la celeridad de su rotación, se desprende del firmamento y avanza sobre la tierra amenazando aplastarnos», como se expresa el ingeniero Almeida Garrett, y tenemos también la bajada y subida en zig-zag de que habla Ignacio Lourenzo.

De la bajada aparente del sol sobre el horizonte habló el *Diário de Notícias* en artículo del corresponsal fechado en Vila Nova de Ourem el mismo día 13, atribuyéndolo todo a sugestión colectiva. Habló *A Ordem*, diario católico, en artículo de fondo. Testimonio tanto más notable, cuanto que su autor, el profesor Dr. Domingo Pinto Coelho, quiso hacer de «Cardenal del diablo», como él mismo se expresó, para poner en guardia a los católicos contra posibles yerros o engaños. Procuró, por tanto, disminuir los hechos. A pesar de eso escribió:

«Como toda aquella muchedumbre, miramos entonces hacia el sol con atención sostenida, y, a través de las nubes, le vimos con aspectos nuevos: nuevos para nosotros, nótese bien.

»Unas veces rodeado de llamas encarnadas; otras, aureolado de amarillo o rojo vivo; otras como animado de velocísimo movimiento de rotación; otras, aun aparentando desprenderse del cielo, aproximarse a la tierra e irradiar fuerte calor...

(19) L. G. DA FONSECA, *N. Senhora da Fatima*, p. 126 s.

(20) DHANIS, p. 22 s.

«¿A qué negarlo? Estos fenómenos, que nunca habíamos visto, nos impresionaron fuertemente» (21).

Interesante el testimonio del señor Alfredo Da Silva Santos, recogido por Marchi (22): «No puedo explicar lo que entonces pasó. El sol comenzó a bailar y, a una cierta altura, pareció descolgarse del firmamento y, en ruedas de fuego, precipitarse sobre nosotros. Mi mujer, estábamos casados hacía poco, se desmayó, y yo no tuve valor para sostenerla. Fué mi cuñado, Juan Vassallo, quien la sostuvo en sus brazos. Caí de rodillas olvidado de todo...»

Pero tenemos todavía los interrogatorios oficiales. Tres mandó hacer la autoridad eclesiástica después del 13 de octubre. Resumimos el del Vicario de Porto de Mós, fechado el 11 de noviembre de 1917. Declara en su relación que, siendo numerosísimos los testigos oculares, escogió dieciséis de entre los más competentes y autorizados, cuyas deposiciones juradas transcribe. En resumen, todos hablan de la rotación del sol y de colores sorprendentes; doce recuerdan también que «vieron al sol bajar» o que «pareció aproximarse a la multitud», y la mayor parte añaden todavía el aumento sensible de la temperatura (23).

Además de los innumerables testimonios ya publicados, podemos aducir el del actual Rector del Colegio Portugués en Roma. No estuvo él en Fátima aquel 13 de octubre, pero estuvo allí casi toda su familia. Recuerda perfectamente las minuciosas descripciones que todos hacían al volver, vibrando aún bajo las impresiones horas antes recibidas; cuenta el susto de la hermana más vieja en aquel momento, «cuando el sol descendió por el cielo abajo, hasta la altura de un pino», como ella pintorescamente se se expresaba.

Si quisiéramos un testimonio más, recordemos el del hermano del misionero Ignacio Lourenzo —el del cuarto documento discutido por Dhanis—. Todavía hoy describe el prodigio solar como fué presenciado en Alburitel, su pueblo natal, a 15 kilómetros de Fátima. Cuando vió el sol precipitarse cielo abajo en zig-zag, fué tal su miedo, que corrió hacia su madre y se escondió entre las sayas, para ampararse con ella o para morir juntos (24).

Son éstos algunos de los muchos testimonios que poseemos sobre el prodigio solar. A la luz de ellos, no nos parece tan exagerada la descripción de Jongen, que llegue a falsear notablemente la verdad: «Fué como si el sol se desprendiese del firmamento y en zig-zag recorriese el cielo; y todos tuvieron la sensación de que iba a caer sobre la gente para aplastarla» (25). O aquella otra, algo más oratoria, de Barthas: «De repente, todos los que forman aquella muchedumbre, todos sin excepción, tienen la sensación de que el sol se desprende del firmamento, y a saltos en zig-zag se precipita sobre ellos» (26).

Después de todo esto, no nos parece científico negar el prodigio solar del 13 de octubre, aun cuando alguien se apoye en carta de una señora que sinceramente declara no haber visto nada. Tenemos su carta. Descrito el fenómeno solar, continúa: «Esto es lo que se dice a mi lado y lo que millares de personas afirman haber visto. Yo no lo vi, bien que clavé la vista en el sol y me sentía terriblemente emocionada al oír a todo el mundo clamar que se veían señales extraordinarias en el cielo. Creo que Nuestro Señor no me encontró digna de que viera estos

(Termina en la página 466)

(21) COSTA BROCHADO: *Fátima á luz da História*, p. 269.

(22) JUAN M. DE MARCHI: *Era uma Senhora mais brilhante que o sol*, p. 136.

(23) Cfr. COSTA BROCHADO, p. 318 ss.

(24) Los grabados que representan tres «aspectos del fenómeno solar» a que se refiere DHANIS, p. 24 s. (Cfr. VIZCONDE DE MONTELO, *As grandes maravilhas*, pp. 281, 284, 293), son reproducciones de verdaderas fotografías, cuyos originales tuvimos en la mano. No reproducen, sin embargo, el fenómeno extraordinario del 13 de octubre, sino algunos aspectos de una espléndida puesta de sol, que hacían recordar determinados momentos del prodigio, «cuando el sol descendió a la altura de un pino».

(25) JONGEN, *Onze Lieve Vrouw van Fatima, Missionaris van God* (Leuven, 1944), p. 121.

(26) BARTHAS, *Fátima, Merveille inouïe*, p. 72.

# El dogma de la Asunción en la Iglesia oriental

*Se cumple un año de la solemne proclamación del dogma de la Asunta. ¿Puede éste ser un puente sobrenatural, por la todopoderosa intercesión de Nuestra Santísima Madre, para la vuelta de la Iglesia cismática al único redil de Cristo, bajo la obediencia de su Vicario? La Señora de Fátima pidió el rezo del Santo Rosario con esta intención y prometió que si el mundo oraba y se enmendaba, Rusia se convertiría y habría paz. Sabida es la devoción que en los países orientales se siente por Nuestra Señora y el misterio de su Asunción corporal a los cielos. El presente artículo, escrito por una de las personas que mejor conocen estos temas, el Padre Manuel Candal, S. J., Profesor del Pontificio Instituto Oriental de Roma, viene a subrayar este aspecto esperanzador para la Iglesia y el mundo.*

**A**NTES de la proclamación de este dogma gloriosísimo, «que ciñe las sienas de María, Madre de Jesucristo y nuestra, con la fúlgida diadema que corona todas sus prerrogativas singulares» (1), se preguntaban algunos —en su celo por la unión de las Iglesias— si el ejercicio de la infalibilidad pontificia en este caso no ensancharía, más bien que cerrarle, el hondo abismo que actualmente separa a muchas de ellas del único centro de la verdad. Razones poderosas y urgentes, expuestas en la Bula misma de la proclamación, *Munificentissimus Deus*, movieron a Su Santidad Pío XII a no dilatar por más tiempo, para inmenso bien del pueblo cristiano, la definición tan esperada como dogma de fe de la creencia universal de la Iglesia, tanto de Oriente como latina, de la Asunción de María a los cielos en cuerpo y alma.

La reacción de nuestros *hermanos separados*, poniéndose en contra, no tardó en surgir; y, aun en algún caso, como en el de la Iglesia Alejandrina, que examinaremos ahora, se adelantó a protestar antes del día señalado por el Papa para el triunfo de María. ¡Y pensar que la Iglesia cismática de Oriente ha sentido siempre por este misterio de la Madre de Dios la más acendrada devoción! Mas no temamos. En esas protestas y en esas dificultades teológicas, que ahora ellos observan, nada hay que pueda hacer vacilar nuestra fe, ni la de ellos mismos siquiera, en el momento en que el Espíritu Santo les impela a admitir, como única autoridad en sus discusiones doctrinales, la voz del legítimo Vicario de Cristo.

Voy, pues, en estos artículos a revelar por documentos oficiales el auténtico sentir de la Iglesia ortodoxa griega acerca del privilegio asuncionista de María, limitándome en el presente al del Patriarcado Alejandrino.

## I. La Dormición de la Theotokos

Con este título apareció el primer escrito oficial del Patriarcado, dos meses justos antes del venturoso 1.º de noviembre del Año Santo 1950 (2).

El autor —solamente designado con las iniciales P. K.— nos hace la impresión de querer dar la voz de alerta, para que los creyentes del Patriarcado sepan a qué atenerse cuando el Papa hable *ex cathedra* sobre la creencia de la Asunción, como ha prometido que lo hará, según noticias que la radio transmite.

Extracto, nada más, sus ideas.

La Asunción de María es la *Kimisis* —dice— de la Madre de Dios (3). Ella nos está diciendo lo que deben creer los *ortodoxos*, es decir: que el cuerpo de la Virgen fué sepultado en Getsemani por los Apóstoles, pero que después de tres días fué trasladado al cielo.

Los *católicos*, en cambio, usan de la expresión Análip-

(1) De la alocución de S. S. al orbe católico en la ceremonia de la Definición dogmática de la Asunción. Puede verse este documento, oficialmente editado junto con la nueva *Oración* a María Santísima, la Bula *Munificentissimus Deus* y el *Acta* del Consistorio semipúblico del 30 de octubre de 1950, en *Acta Apostolicae Sedis*, XXXII (1950), pp. 753-782.

(2) Véase *Pantainos* (publicación oficial del Patriarcado de Alejandría), núm. 25 (1-IX-1950), pp. 464-465.

(3) *Kimisis*=pronunciación moderna de *κοίμησις*, dormición, sueño de la muerte.

sis (4), y creen que el cuerpo y el alma de María fueron llevados al cielo por el Hijo de Dios.

Diferencia bien pequeña, a la verdad, de una misma tradición — comenta el articulista de *Pantainos*, y vierte a continuación en los siguientes conceptos su idea fundamental para rechazar la definición dogmática asuncionista.

Los *ortodoxos* —explica— rehuyen convertir en dogmas de fe lo que ya creen por la tradición. Si tenemos dogmas definidos por los Concilios, es por ser esa medida necesaria, porque los enemigos de la Iglesia dijeron alguna vez lo contrario de esos dogmas; y si no hubiera habido herejes, quizá la ortodoxia viviría sólo de la tradición, sin necesidad de dogmas «declarados». Pero la Iglesia católico-romana, no contenta con la definición de la Concepción Inmaculada de María, que no pueden admitir los *ortodoxos* —sigue diciendo en *Pantainos* la Iglesia alejandrina—, quiere ahora dogmatizar encima la Asunción, o *Metástasis*, como se dice en Oriente (5).

Ya está bien claro su pensamiento, pero lo remacha afirmando, al terminar, que sin duda alguna la tradición dice, *y lo confirma la fe*, que el cuerpo de María no quedó en el sepulcro; mas que no sería bien declarar este hecho de otra manera que por la tradición, aunque hubiese para ello algún pretexto.

He aquí fielmente expuesto a nuestros lectores el primer documento oficial de la Iglesia alejandrina en torno a la definición vaticana del 1.º de noviembre pasado. ¿Será necesario hacer notar que parece deprimirse en él de tal modo la fuente dogmática de la tradición, en la Iglesia santa de Jesucristo, que no pueda ni deba ejercer ella ningún influjo en la declaración de sus dogmas? Pues entonces, ¿de qué criterio se valieron los Concilios para definir algunos dogmas, esos que el documento llama «declarados»? Tal vez hallemos la explicación en el otro escrito oficial alejandrino, que examinaremos en seguida; pero no dejemos de notar la contradicción implícita en la última afirmación del documento. ¿Cómo puede decirse que confirme *la fe* que el cuerpo de María no quedó en el sepulcro, si esto lo sabemos sólo por la tradición? ¿No es ella insuficiente, según el pensamiento del escrito, para fundamentar una definición dogmática? ¿O es quizá que podemos afirmar algo como de fe, sin ser dogma «declarado»?

## II. El dogma de la Asunción de la Madre de Dios

Este es el título del segundo escrito oficial del Patriarcado alejandrino, redactado ya con calma, después de la definición dogmática de Pío XII, pero cuyo texto auténtico de la Bula *Munificentissimus Deus* no parece haber conocido (6).

Empieza describiendo, «según los datos de la prensa», la solemnidad externa de la plaza de San Pedro, en la cual, «llamados por el Papa», se hallaban congregados, el

(4) Ἀνάληψις = término griego muy apropiado para expresar el concepto latino de *Assumptio*, Asunción.

(5) Μετάστασις = apartamiento (local, de la vida, etc.), emigración, cambio; de donde en lenguaje eclesiástico, partida de esta vida, Asunción.

(6) Véase *Pantainos*, núm. 36 (21-XII-1950), pp. 640-647. El escritor firma solamente W.

1.º de noviembre, alrededor de 800 Obispos y Cardenales, mientras las campanas de todas las iglesias volteaban jubilosas (7), y en la que el Papa habló a las multitudes a través de un micrófono de plata. Ni olvida en su relato la procesión de la vispera con la Imagen de la Madre de Dios, «la cual —dice—, según los del Vaticano, es obra pictórica del Santo Apóstol (sic) y Evangelista Lucas». Entrada ya en la inmensa plaza la variadísima muchedumbre de fieles, leyó el Papa desde su palacio una oración nueva, de circunstancias, compuesta por él mismo.

Esto como exordio. Propone luego la posición de la Iglesia anglicana, que rechaza la Asunción, firme en su principio de que sólo se ha de admitir como dogma lo contenido en las Sagradas Escrituras, sin tener en cuenta la tradición, y cómo en este sentido han hablado ya el arzobispo de Canterbury y el de York, protestando y criticando lo hecho por la Iglesia Católica (8). «Nosotros, por el contrario —dice—, los ortodoxos, rechazamos esta posición de los protestantes, que no dan valor a la tradición de la Metástasis de la Virgen; nosotros la admitimos y creemos, no por lo que dicen los apócrifos, como con frecuencia sucede entre los romanocatólicos, sino por lo que de ella nos han transmitido los Padres y Doctores de la Iglesia, dignos de toda fe, desde los primeros tiempos de su historia.»

A continuación expone esquemáticamente, en siete apartados, los puntos salientes de esta creencia; pero tenemos que anotar cómo casi todo está tomado precisamente de los apócrifos. Abreviado, dice así: «1) La Madre de Dios murió en Jerusalén, 2) y fué sepultada por todos los Apóstoles que por milagro se reunieron en Jerusalén aquel día, 3) mientras que Tomás, el único ausente, llegado al tercer día, quiso ver el sepulcro de la Virgen, 4) que estaba en Getsemani, donde hasta el presente subsiste. 5) Los Apóstoles perseveraron en sus salmodias fúnebres por tres días, acompañados siempre por las melodías de los ángeles en lo alto de los cielos sobre el sepulcro. 6) Algunos judíos intentaron impedirlo, mas fueron castigados milagrosamente con la ceguera o pérdida de las manos, hasta que, arrepentidos, confesaron la fe de Cristo y recobraron sus miembros o la vista. 7) Por fin, cuando a los tres días llegó Tomás y quiso venerar el cuerpo de María, abrieron los Apóstoles el sepulcro, pero el santo cuerpo había desaparecido y sólo se hallaron los sudarios de su sepultura.»

¿Sucedió todo esto así?, se pregunta el articulista alejandrino, y le parece ser muy creíble que tanto los Sinaxarios (9) como la piedad cristiana de los siglos posteriores hayan inventado no pocos detalles. Pero, ¿qué dificultad —dice— puede haber en creer la substancia del hecho? ¿No pudo la Virgen subir al cielo en cuerpo y alma, sin que aquél se resolviese con el polvo del sepulcro, cuando tenemos ejemplos de otros hombres, como Enoch y Elías, que fueron, en vida, arrebatados al paraíso?

Sin embargo, son más auténticas —prosigue en su razonamiento— las bases en que se apoya la *pia tradición* de la Dormitio y Metástasis de María. Recogen el hecho y nos lo transmiten, formando la tradición, dos grandes varones: Juvenal de Jerusalén, ampliamente celebrado por Nicéforo Calixto, como que ocupó, en el tercer Concilio Ecuménico, el segundo puesto, después de San Cirilo, y

(7) Según la lista publicada por el *Osservatore Romano* (3 noviembre 1950) aparecen 558, entre Patriarcas, Arzobispos y Obispos. En el número anterior (2 noviembre), los Cardenales son 36, y se advierte que los Obispos, en general, eran más de 650. Luego se dió una lista más completa y detallada en el mismo periódico (4-5 diciembre 1950): Cardenales, 39; Patriarcas, 7; Arzobispos asistentes al Solio, 36; Obispos asistentes al Solio, 30; Arzobispos, 127; Obispos, 332. En total, 571. Pero quizá las cifras de noviembre van dadas en razón de las mitras, y en ese número van incluidos aún otros muchos Abades y Prelados *Nullius*.

(8) Sobre la reacción protestante, y más que nada de los anglicanos, véase F. CAVALLI, S. I., *Echi del dogma dell' Assunzione tra i protestanti*, en *La Civiltà Cattolica*, cuad. 2.413 (enero 1951), páginas 31-46.

(9) Llámense así los formularios litúrgicos orientales.

Juan de Damasco, «el primer y mayor doctor dogmático de la Iglesia».

Como el testimonio de Juvenal lo reproduce a la letra el Damasceno en su segunda homilía de la Dormición, el autor se contenta con citar a este último. Dijo, pues, así el arzobispo de Jerusalén, hablando ante Pulqueria en Constantinopla, cuando solicitaba la emperatriz una reliquia de la Virgen para adornar con ella la capilla imperial de las Blanquernas: «Aunque nada tenemos en las páginas de la Escritura de lo acaecido en la santa muerte de la Madre de Dios, sabemos, sin embargo, por antigua y verídica tradición, cómo al tiempo de su glorioso tránsito se juntaron en un momento en Jerusalén todos los Santos Apóstoles, que ya se habían dispersado por el mundo para la salud de las gentes... El santo cuerpo de María, que había llevado en sus entrañas al Hijo de Dios, fué puesto en el sepulcro de Getsemani, celebrado sin interrupción por tres días enteros con himnos de los ángeles y la salmodia de los Apóstoles. Llegado al tercer día, Santo Tomás, el único ausente, y queriendo adorar también él el cuerpo sagrado, abrieron los demás Apóstoles el sepulcro, cuando ya los cánticos angélicos cesaban. Y no hallaron el cuerpo venerabilísimo; pero allí estaban los lienzos de la mortaja, que despedían de sí inenarrable y grato perfume. Entonces cerraron el sepulcro y, pasmados con lo que aquel misterio significaba, sólo pudieron pensar que así como quiso el Verbo Divino y Señor de la gloria tomar nuestra naturaleza en el seno de la Virgen María y nacer de Ella hecho hombre, preservando incorruptible la virginidad de su Madre, así también ahora quiso el Hijo honrar aquel cuerpo inmaculado después de su muerte, trasladándole incorrupto a la gloria y anticipando en él la común y universal resurrección» (10).

Forzosamente hemos de concluir de aquí —prosigue el escritor alejandrino— que la Virgen hubo de ser llevada al cielo, sin experimentar la corrupción del sepulcro. Tradición que acepta la Iglesia ortodoxa y que siempre ha confesado de mil modos, ya sea con los himnos relativos a esta fiesta (11), ya también con la imagen misma, tan expresiva, de la Dormición.

### III. Posición de la Iglesia alejandrina

Pero, ¿quiere esto decir —continúa el mismo— que si por una parte nos diferenciamos totalmente los ortodoxos de los protestantes, se creará, por otra, que no solamente tenemos la misma fe que los católicorromanos en la Asunción de Nuestra Señora, sino que «en toda línea nos sumamos a ellos en su actitud y al propio Papa Pío XII, que proclamó, el 1.º de noviembre del corriente año, como dogma y artículo de fe la traslación de la Madre de Dios, después de su muerte, en su propio cuerpo, a los cielos?» Y responde categóricamente con dos solas palabras, que dejan en nuestro ánimo honda tristeza: «...». De ninguna manera; todo lo contrario.

Y aquí pasa a decir cómo la Iglesia ortodoxa (jerarquía y fieles) deben admitir como dogmas propiamente tales sólo los que se refieren a la Trinidad de Dios y los que afectan a nuestra redención por la Encarnación de Jesucristo; dogmas que la Iglesia ortodoxa custodia en sus propios términos en el Símbolo de la Fe. Pero añade que también hay otros dogmas, que guardan relación con los del Símbolo, y que, por lo tanto, fueron definidos legítimamente por los

(10) SAN JUAN DAMASCENO, *Hom. II de Dormitione B. M. V.* (MIGNE PG 96, 748 B-749 B).

(11) En nota pone algunas expresiones asuncionistas de los himnos litúrgicos. Citemos las siguientes: 1. «En tu nacimiento, concepción pura; en tu dormición, muerte sin corrupción.» 2. «Muerta con el Hijo, resucita hecha inmortal.» 3. «El sepulcro y corrupción de la muerte no triunfaron de la Madre de Dios, que no reposa ya entre los pasados.» 4. «Ahora (el Hijo) hace habitar en los palacios celestiales a la que custodió para que le engendrara sin detrimento de su virginidad.» (El autor no da la referencia exacta de las citas.)

## PLURA UT UNUM

Concilios generales, a partir del tercero. También serían dogmas, por fin, aquellas creencias, relacionadas siempre con la Trinidad y la Redención, que los más esclarecidos Padres de la Iglesia, en sus escritos y homilias, declararon, sin que los fieles en modo alguno contradijeran. Lo comprueba con una cita del teólogo de los tiempos modernos, Andrutsos (12).

De aquí se sigue —arguye el escritor alejandrino— que sólo cuando se trata de los misterios de Dios o de nuestra salvación la Iglesia se puso a definir los dogmas de modo solemne en los grandes Concilios regionales y, sobre todo, en los ecuménicos; mas cuando entran en juego otras verdades, que la Iglesia siempre ha enseñado, pero que no están relacionadas con la Trinidad o la Encarnación, entonces, según el mismo Andrutsos (13), rechazarlas es ciertamente ponerse enfrente de los Padres y de sus luminosos escritos, que declaran el común sentir de la Iglesia ortodoxa, pero no es hacer traición a la fe substancial de la misma Iglesia.

Por lo cual —concluye—, dado que la Iglesia solamente tiene por dogmas, como se ha dicho, lo contenido en el Símbolo y lo que tocante a él han declarado los grandes Concilios como firme y obligatorio para todo creyente, «es muy natural afirmar que la tradición de la Metástasis de la Virgen en cuerpo y alma a los cielos, aunque santísima y tan bien atestiguada, nunca podrá ser objeto de fe obligatoria para todos los fieles, como no contenida ni en el Símbolo ni en las demás definiciones de los Concilios ecuménicos, que la Iglesia toda debe creer con infalibilidad».

Pero aun en el supuesto de que así fuese —concluye el escritor, no ya arguyendo, sino tildando implícitamente de incon siderada la definición del Vaticano—, ¿qué utilidad le puede venir a un ortodoxo en reconocer como infalible «la proclamación del dogma asuncionista, hecha por el Papa Pío XII tan aparatosamente y de modo tan teatral?» Si hubiera necesidad de tal definición, sólo un Concilio ecuménico o un grande Sínodo regional podría hacerlo y, reuniéndose, después de madurada deliberación, definirlo. Mas en el caso de la Asunción esto no es necesario, «pues tal tradición no puede ser definida como dogma», que exija de nosotros fe irrefutable, «no siendo más que una tra-

(12) X. Andrutsos, *Δογματική*, Atenas, 1907, p. 11.

(13) *Ibid.*

dición piadosa, sin relación alguna, en su substancia, con el dogma de nuestra salud en Cristo» (14).

## IV. Queda firme nuestra fe

He aquí fielmente expuesta, a lo que me parece, la manera de ver la Iglesia alejandrina la nueva definición dogmática de la Asunción, recibida con tanto júbilo por el mundo católico.

Mucho se podría decir de la falsedad de los principios en que se basa: noción de dogma, objeto de infalibilidad y sus condiciones, sujeto de la misma infalibilidad en la Iglesia santa, poderes de los Concilios regionales ecuménicos, valor de la tradición y su influjo en los dogmas definidos. Podríamos con toda razón censurar el escaso fundamento teológico de la tradición asuncionista, tal como nos lo presenta la Iglesia alejandrina, pero nos contentaremos con formular esta sencilla pregunta: ¿Ha examinado el Patriarcado alejandrino detenidamente la Bula *Munificentissimus Deus* antes de exponernos en su documento oficial lo que ya de sobra sabíamos que habría de responder? Porque en la Bula del Santísimo Papa reinante, Pío XII, quedan definitivamente señalados y probados los fundamentos escripturísticos, patrísticos y teológicos, del nuevo dogma definido, y más que nada su relación profunda con los misterios de Cristo, que ha querido tener asociada a su Madre de un modo singular y único en la suprema glorificación, vencedora de la muerte y del pecado, como la tuvo siempre unida desde el protoevangelio del Génesis, en los otros privilegios, sancionados ya por la Iglesia infalible, de su Concepción Inmaculada, de su Maternidad divina y de su perpetua Virginitad.

Y baste por hoy. Daremos a conocer, en el próximo artículo, el sentir de la Iglesia de Atenas, por muchos conceptos interesante.

*Manuel Candal, S. J.*

Profesor del Pontificio Instituto Oriental

(14) Se pone fin al escrito con una nota, en que se declara (no sé con qué fundamento) que con motivo de la definición asuncionista se ha renovado en la Iglesia Católica la antigua controversia de 1896, de si la Virgen María murió en Jerusalén y no más bien en Éfeso. No se mueve la Iglesia Romanocatólica —dice— a esta conclusión, sino por envidia hacia la Iglesia Ortodoxa, «por razón del hecho de que en Jerusalén no tiene ahora aquélla ningún justo pretexto de veneración, y en cambio domina allí, casi exclusivamente, la Iglesia Ortodoxa». ¿Es cierto todo esto?

## Corredentora del género humano, Medianera y Distribuidora de todas las gracias, Reina del mundo, Madre de la Iglesia...

La definición dogmática de la Asunción de María Santísima en alma y cuerpo a la gloria celeste... es la tercera piedra miliar en el largo camino de la mariología católica, siguiendo la divina Maternidad definida en el Concilio de Efeso en 431, y la Inmaculada Concepción en 1854. Constituye un punto de llegada respecto de las dos precedentes y un **punto de partida para nuevas conquistas**. En el movimiento asuncionista pueden distinguirse dos etapas: el movimiento ideológico que se vincula con la definición de la divina Maternidad, y el llamado movimiento peticionístico, que se vincula con la definición de la Inmaculada. Después del Concilio de Efeso comenzaron a florecer las aserciones explícitas de la asunción corpórea de María, que si bien decrecen en los siglos VIII-XI, se hicieron comunes a partir de la Escolástica en el siglo XIII, tanto que en tiempo del Concilio Vaticano pareció a no pocos haber llegado el momento para una definición dogmática. Después de la definición de la Inmaculada, con la que la Asunción guarda un



estrecho vínculo, como del efecto con la causa, comenzó en 1863, (...) el vastísimo movimiento Asuncionista que ha alcanzado hoy cifras en verdad imponentes, (...) La definición de la Asunta es, pues, un punto de llegada de las dos primeras definiciones. Pero será también un punto de partida, iniciador de una nueva era que permitirá a los teólogos marianos penetrar más y más en el «Misterio de María» Madre de Dios.

Mucho se ha hecho ya en el campo mariológico, pero mucho queda aún por hacer, pues no sin razón ha llamado San Bernardo a la Virgen «**Negotium omnium saeculorum**». En Ella, Dios con mano verdaderamente munífica ha reunido cuanto, según la expresión de Dante, «**quantumque in creatura é di bontade**». Y mucha luz queda aún por hacer sobre varios problemas marianos, como el título de Corredentora del género humano, Medianera y distribuidora de todas las gracias, su Realeza universal, el problema de la muerte de María, de su **influjo sobre nuestra vida espiritual** y especialmente en los sacerdotes, la necesidad moral de la devoción hacia Ella para salvarse, etc.

*(Del Discurso de Apertura del 1er. Congreso Mariológico Internacional, pronunciado en 24 de octubre de 1950, por el Emmo. Cardenal Pizzardo)*



## «DE CANOVAS A LA REPUBLICA»

Por José María G. Escudero.—Biblioteca del Pensamiento actual (Mayo 1951)

De todas las obras que ha publicado esta nueva e interesante Biblioteca, ninguna de mayor actualidad que la última producción de García Escudero. En rápida y substanciosa síntesis, el autor recorre más de sesenta años de la Historia de España; los comprendidos entre la instauración de la Monarquía Canovista y la Victoria liberadora de Franco. Y como los ya mejoramos hemos vivido muchos de estos memorables acontecimientos, la lectura del atrayente libro representa un verdadero examen de nuestra conciencia política. Claro es que de este examen nada he de comentar; aunque no ocultaré que hube de sentir más de una vez en mi espíritu «la punzante espina del dolor y del remordimiento», según frase bien conocida.

El «caso» de García Escudero es muy digno de notar: pues, con poco más de treinta años, acusa una sazón plena. Además, el libro que comento, y según se declara el autor en el prólogo, representa el fruto de una labor de ocho años; es decir, que es una siembra de juventud, laborada afanosa y lentamente, para lograr un magnífico fruto en los comienzos de la madurez.

El autor, frente a frente a las últimas décadas de la Historia de España, examina y analiza los acontecimientos, sus causas y sus efectos, sacando siempre provechosas enseñanzas. La actitud noble, tensa y elevada, es la de la magnífica generación que hizo nuestra guerra: «refleja la voz de una generación que lucha entre su impotencia y su deseo de cambiar el curso de la Historia», según certero comentario del Dr. López Ibor (1).

Se ha escrito mucho, en estos últimos años, sobre esta época española. Recientemente, el Académico de la Historia don Melchor Fernández Almagro ha publicado un libro sobre «Cánovas» que está siendo objeto de mucha discusión. No siente G. Escudero la devoción de Fernández Almagro por

el estadista de la restauración, aunque no se coloque en la resuelta oposición de José Oriol Cuffi en el estudio que publicó *CRISTIANDAD* en su número 93. Pero coinciden G. Escudero y Cuffi Canadell en combatir el criterio de Cánovas por haber atraído a la monarquía de don Alfonso XII las fuerzas de la revolución. Entiende G. Escudero que la monarquía liberal no era entonces la única solución viable, además de la carlista; y con certero juicio declara que «las guerras carlistas más que civiles fueron rebeldía de un pueblo entero contra una mínima minoría gobernante, burguesa, desamortizadora y centralista a la francesa» (2).

La otra monarquía que el autor patrocina (frente a la de Cánovas), y que titula «Alfonsina tradicionalista», es la que pudo apoyarse en un sector moderado, de claro entronque derechista, que tuvo su más insigne adalid en Jaime Balmes, cuando «las bodas reales», que encarnó el grupo que capitaneaba el Conde de Viluma y alentó el propio filósofo vicense. Concretando este criterio, García Escudero escribe en otro gran libro suyo: «a España, país sin jerarquías sociales, no le convenía un régimen sin cabeza, como el inglés, una monarquía liberal, que es, más que un «ser», un «no ser» o un «ser a medias»; una sombra de monarquía, un trono debilitado... España, democracia social, necesitaba un ejecutivo fuerte, como el norteamericano. Puesto que tenía rey, un rey» (3). Hay que recordar que la actitud de Viluma no fué un hecho aislado; tuvo sus continuadores en el Conde de Chaste, en el mismo general Martínez Campos, en el intento frustrado de don Alejandro Pidal y en otro que murió antes de nacer, patrocinado por el Cardenal Cascajares.

Es muy aventurado pretender señalar la nota cualitativa del estudio po-

(2) Ob. cit. pág. 30.

(3) «Política Española y política de Balmes» de José María García Escudero. Ediciones de cultura hispánica; pág. 591.

lítico de García Escudero o si se quiere también sentar la conclusión fundamental de sus meditaciones. Sin embargo, claramente se deduce que, en su opinión, la política española inaugurada con la Restauración y consumada por la República, debe considerarse totalmente fracasada. A juicio del autor, la causa esencial de tal fracaso hay que buscarla en las tendencias liberales que de un modo o de otro prevalecieron durante este medio siglo largo de la historia de España. Reducida la cuestión a sus términos más estrictos, cabe preguntar: con la monarquía tradicionalista o, si se quiere, antiliberal, ¿se hubiera podido hacer frente a la Revolución y evitado el derrumbamiento, en 1931, de la institución secular? (La cual, a juicio de don Antonio Maura, era «el eje inmovible de la vida nacional»...) Como la contestación a esta pregunta me llevaría demasiado lejos, la dejo a cargo del paciente lector. Baste aquí el juicio de G. Escudero: «aquella monarquía no cayó por ser una monarquía, sino precisamente por lo contrario: porque no era una monarquía. En 1931 acabó en España una institución que si se hundió fué por ser liberal. Es decir, no por sus errores en cuanto a monarquía, sino por los errores del liberalismo, que arrastraron consigo a la monarquía que a ellos había ligado su suerte».

García Escudero destaca, a través del relato, diferentes intentos de saneamiento o de reforma: los de Gamazo y Silvela, primero; el más amplio y hondo de todos, que propugno don Antonio Maura, y, por fin, la gran aventura del general Primo de Rivera. Esta, aunque con el nombre de Dictadura, no lo fué en realidad por la magnanimidad del dictador; y lo que es peor, no creó un Estado nuevo como parecían ser los propósitos del general por causa de la incertidumbre de éste: «Vemos al dictador —escribe G. Escudero— dar los primeros pasos, vacilar, volver, reanudar su camino y detenerse al cabo en una solución insuficiente, peligrosa y tal que, a menudo, le hubiera valido más no dar ni un paso» (4).

Es muy valioso el estudio de los partidos políticos que funcionaron durante la Restauración y la Regencia; y en él es de notar la gran importancia que el autor concede a un prohombre republicano, don Emilio Castelar, a quien incluso presenta como «artífice de la Restauración». No es ésta una opinión atrevida y sin fundamento, pues los hechos la confirman; y así hay que recordar que en el homenaje que en 1909 se rindió al gran orador, cuando se inauguró su estatua en el paseo de la Castellana, ocupó la

(4) Ob. cit. pág. 201.

(1) El español y su complejo de inferioridad.

presidencia S. M. el rey don Alfonso XIII y el discurso lo pronunció el Presidente del Consejo de Ministros, don Antonio Maura.

Presenta el autor a don Antonio Cánovas como defensor del orden y ejemplo de políticos; pero lo juzga severamente como doctrinario, y muy en especial le combate por haber intentado implantar en España un Gobierno a la inglesa, haciendo caso omiso de la psicología política de los españoles. He aquí un tema que bien merecería un análisis detenido y sobre el cual hay mucho que aprender en el excelente estudio del señor López Ibor sobre «El hombre español» (5). Se fija especialmente G. Escudero en la rigidez, es decir, en la intolerancia española, que no critica, pues, a su juicio, «no nace de odio a las personas, sino al revés, de la bienintencionada pero excesiva caridad que no sufre en el prójimo lo que se juzga erróneo»; y arguye: «pero la intolerancia existe y con ella una *tendencia nacional al monólogo* y a convertirnos en un mundo de infinitos cuerpos insolidarios, de perfil agrio y esquinado» (6). Sobre esta insolidaridad es conveniente insistir mucho, pues la incapacidad del español para una acción colectiva hace, en muchos casos, estériles nuestras empresas. Y ello es bien de lamentar, pues, como advierte nuestro autor, somos depositarios de la reserva moral más rica de la humanidad.

Son muchos los temas que plantea García Escudero dignos de comentario; y uno de los más atrayentes es el que trata de «la ausencia de un ideal nacional». Tema de grandes vuelos, ciertamente, pues, en efecto, como el autor declara, «los españoles, cuando por un feliz azar nos hemos unido, ha sido en la conquista de un ideal» (7). Buena prueba de ello es nuestro siglo de oro, en el que nuestros conquistadores, con misión de conquista y de apostolado, ensancharon nuestro imperio hasta los últimos confines del globo. Frente a este ejemplo, el de la época histórica que examinamos se define —como hace nuestro autor— no en razón a un ideal, sino de unos hombres que ejercitaron una función rectora; y así Cánovas es el hombre de la Restauración; Sagasta el de la Regencia, y Maura el del reinado de don Alfonso XIII. Precisamente el capítulo dedicado a la «época de Maura» es uno de los más certeros del libro, pues al centrar en este ilustre estadista la etapa comprendida entre la coronación de nuestro último rey y el adve-

nimiento de la Dictadura, la presenta exactamente en su doble vertiente; de un lado, los nobles intentos de Maura por conseguir una eficaz colaboración ciudadana y para hacer frente a las «sórdidas y premiosas colaboraciones» con la revolución, y, del otro, los avances mal contenidos de ésta, que celebró en el año 1909 su «ensayo general», pero que tardaría más de veinte años en realizar su obra definitiva.

El autor hace una revisión general de la política restauradora, y concluye afirmando que «la Restauración fué el ensayo de aplicar un Estado fingido a un pueblo rígido; Estado que no daba ni frío, ni calor, que carecía de truculencias demagógicas lo mismo que de arrebatos reaccionarios, que nada grande se proponía realizar y nada importante aspiró a destruir, y cuya suprema finalidad era... durar» (8). El juicio es demasiado severo, pues el propio autor reconoce que en aquel trance los españoles estaban cansados de tres cuartos de siglo de guerra y un lustro de revolución. Por algo Alfonso XII ha pasado a la Historia con el honroso emblema de «El Pacificador». Mas, según advirtió Pidal, de las tres unidades destruidas por la revolución (católica, monárquica y Nacional), Pavia restauró la última; Martínez Campos la segunda, pero Cánovas no se decidió a restaurar la primera...

La última parte del libro de G. Escudero está dedicada a la «República»: esto es, a la del 14 de abril, que tan presente está en nuestra memoria. Por eso huelgan los comentarios. Sin embargo, debe meditar el capítulo titulado «La ocasión perdida», que no es otra que la que dejaron pasar las derechas y concretamente la C. E. D. A., que en 1933 (como Maura, en su tiempo) no se decidieron a adueñarse del poder, por escrúpulos de legalidad, dando con ello ocasión a que la revolución renaciera con mayores bríos y consumase su obra destructora.

Tampoco hay que prescindir de un factor que ha contribuido grandemente a que la obra revolucionaria se consumase. A él alude Luis Ortiz Estrada en un estudio que publicó *CRISTIANIDAD* en su número 26, y no es otro «que el equivocado criterio de que tanto se ha beneficiado el liberalismo, demasiado extendido entre ciertos elementos católicos, de mirar con odio a la política y con despego, si no con aborrecimiento, a los beneméritos católicos que con enormes sacrificios morales y materiales dedican sus fuerzas a una acción política radicalmente antiliberal». Como ejemplo y guía de



Antonio Cánovas

estos católicos presenta el articulista, acertadamente, al gran Jaime Balmes, quien en el prólogo de sus escritos políticos alude a estas gentes y cita el caso del literato a quien avisaron que había fuego en la casa y respondió muy sereno: «Decídselo a mi mujer; ella es la que cuida de los asuntos caseros.» En efecto, al abstencionista político no le preocupa que el fuego de la revolución se incube y aun que estalle, por ser un ciudadano extraño a sus menesteres. Si bien es cierto que es aún peor el caso de los «apolíticos», esto es, los que no quieren ser catalogados en ningún grupo o partido... para poder utilizar a todos para sus fines particulares.

Pero volvamos a la obra de G. Escudero, quien, como muchos jóvenes de su generación, aporta su valiosa colaboración a las actividades políticas. Siendo un libro tan amplio y tan denso, no es una, sino varias las conclusiones que de su lectura pueden deducirse. Algunas de ellas se apuntan en los precedentes comentarios. La del autor se acomoda en un todo a la trayectoria que se trazó a sí mismo, y la centra en el fracaso del liberalismo: «La experiencia de este fracaso —concluye G. Escudero— era lo único que llevaba consigo, como un tesoro, la España hambrienta y miserable que el 1.º de abril de 1939 recibía al Ejército Nacional. Aquello no debía volver. La historia que en ese día empezaba tenía que ser otra historia» (9). Dios haga que así sea, añadiré yo; pero sin que eso signifique abominar de nuestro pasado: ni del de nuestros padres ni del de nuestros abuelos, y menos aún de nuestras tradicionales glorias.

Jesús Marañón Ruiz Zorrilla

(5) Ob. cit. pág. 103 y ss.

(6) Ob. cit. pág. 85.

(7) Ob. cit. pág. 89 y ss.

(8) Ob. cit. pág. 93.

(9) Ob. cit. pág. 342.

# YO FUI CHOFER DEL CARDENAL MINDSZENTHY

Dice un refrán chino que si no puedes ser estrella en el firmamento, por lo menos seas candil en las obscuridades de tu casa. Yo bien quisiera, como buen hijo de Hungría, estar batiendo el cobre en mi patria, defendiendo los derechos de la religión y de mis hermanos magiars, pero ya que por obediencia no puedo dar mi sangre y mi vida por este gran ideal, quiero, por lo menos contribuir a que se conozcan en la generosa España los sufrimientos, las persecuciones, los vejámenes que sufren los hijos de San Esteban.

Hungría es un país hermoso, tranquilo, de tradición cristiana muy antigua. No bastaron los siglos de invasión turca para disminuir la fe del pueblo magiar, como no fueron suficientes los años de dominación árabe en España para arrancar de su santo suelo la fe que sembrara Santiago. Pero los momentos actuales son, para mi pueblo, de mayor prueba que ningún otro de su historia.

No quiero teorizar; este artículo no será otra cosa que un mosaico de escenas vividas por mí, especialmente cuando tuve el honor de ser chofer del Cardenal Mindszenty. Algunas otras posteriores a mi huida, añadiré, pero puedo garantizar su autenticidad por la fidelidad de las fuentes.

Hungría fué arrastrada a la segunda guerra mundial contra la voluntad de su pueblo y de sus políticos. La muerte del Primer Ministro Teleky fué el último límite visible cuando la presión exterior nos obligó a entrar en guerra contra nuestro pacífico vecino Yugoslavia. El pueblo advirtió lo que esto ocultaba. Con la ocupación alemana comenzó la explotación económica y militar del país, que llegó a su cumbre cuando las tropas alemanas en retirada, junto con las tropas húngaras simpatizantes con el movimiento «Cruz Flechada», saquearon villanamente toda la riqueza de la nación. A estos hechos se unieron otros de mayor trascendencia moral como consecuencia del movimiento «Hitler Jugend», introducido también en Hungría. Una ola de materialismo se extendió con ello sobre mi patria, y la Iglesia se vió entorpecida en su misión, por lo que una violenta reacción de antipatía contra los invasores se desencadenó en el pueblo y los círculos eclesiásticos.

Pronto advertimos que habíamos perdido la guerra y que era inútil verter una gota más de sangre. Veíamos con esperanza acercarse el ejército ruso, a cuya nación nos la describía la propaganda radiofónica angloamericana como una realización del pa-

raíso terrestre: eran ellos quienes nos traerían la libertad, fraternidad e igualdad...

El pueblo creyó que tal paraíso jamás había existido hasta entonces en Hungría. «Hasta la ocupación rusa no habíamos sido libres, ni iguales, ni habíamos vivido en fraternidad...», «... la libertad estaba oprimida por los regímenes imperialistas, fascista y capitalista; no había habido fraternidad, porque la nobleza y la clase adinerada, la «inteligencia», como se llamaba en mi país, desdeñaba al pobre, y el proletariado sólo sabía odiar todo lo que no era proletario; no había habido igualdad porque entre las diversas clases se abría un abismo... Tanta calamidad era debida al sistema feudal y capitalista, pero ahora llegaba la liberación...».

Y desgraciadamente vino la «liberación». Nos hemos visto libres, libres de todo, de todo lo que era nuestro. Hemos conquistado la «libertad» porque todo el mundo pudo saquear a su gusto, robar de las viviendas abandonadas, expoliar a sus semejantes..., y todo eso en nombre de la libertad. Nos hemos hecho iguales porque todos lo perdimos todo; sólo quien no tenía nada que perder no experimentó variación. Iguales fuimos todos respecto a la preocupación de los saqueos, respecto del terror por las visitas «fraternales» del Tovarish ruso. Pero de todo esto ya iré hablando con más detalle.

Me alcanzó la ocupación en Pécs. Se trata de una pequeña ciudad de unos 80.000 habitantes. Cuando se acercaba el día previsto, aun aquellos que temían se esperanzaron un poco: «quizá no sería verdad todo lo que se decía de los rusos». Ya se había encargado la radio húngara de divulgar las atrocidades de los rusos; pero, ¿quién se fiaba ya de la radio húngara?

En la noche anterior, las tropas alemanas en retirada habían procedido a sus destrucciones estratégicas. El que no se pudiera volar la catedral se debe atribuir al valor de un alumno del colegio de los jesuitas, que, con peligro de su vida, cortó por varios sitios los conductores eléctricos que tenían que provocar la explosión. Con las prisas de la huida no les quedó tiempo para reparar la avería y así se salvó la catedral.

Los centros militares, cuarteles, campo de aviación, depósitos, almacenes de víveres, no se pudieron salvar: volaron todos a la vez. Durante aquella noche dantesca nadie pudo conciliar el sueño en la ciudad. Estremecía el

ruido conjunto de las voladuras y de la artillería rusa que avanzaba. Mucha gente huyó de la población y se refugió en un monte contiguo para allí esperar los sucesos. Alrededor de las tres de la madrugada abandonaban la ciudad las últimas tropas alemanas, y el día 29 de noviembre, hacia las 5 de la mañana, hacían su entrada los rusos.

Pécs es centro de una importante región minera, y como tal siempre había sido un nido de movimientos comunistas. La población de los centros mineros de los alrededores esperaba jubilosa y con arcos de triunfo y flores a los rusos. Esta primera aparición era realmente agradable y hasta simpática. El oficial de mando recibía brevemente los saludos y exhortaba al pueblo a regresar a sus casas; «ellos no tenían tiempo para festejos, pero ya llegaría la segunda línea y con ellos se celebraría la liberación». Y con esto siguió adelante con sus tropas. Todo el día continuó el desfile de los combatientes con el mayor orden y disciplina.

Al anochecer llegó, efectivamente, la segunda línea. Y con ella llegaron las desgracias y sufrimientos en serie indescriptible. Los soldados se echaron a la calle a la caza de mujeres y comenzaron los saqueos y robos. A la soldadesca de segunda línea se le concedió en todas partes una semana de robo libre. Para la población se iniciaron unos días de espanto como jamás se han vivido.

Se hubo de entregar a los ocupantes el 85 por 100 de las viviendas, y nadie se preocupó de cómo ni dónde se albergarían sus moradores, pues aun aquel resto donde, como por privilegio, pudieron quedarse algunos, tuvieron que compartirlo, por lo menos en parte, con los soldados. Es fácil imaginar la suerte que correrían los pisos en manos de sus salvajes nuevos dueños. Ni que decir tengo que se hubieron de abandonar los muebles, víveres, ropas y todos los enseres de la casa.

Los soldados destruyeron a hachazos los muebles y las valiosas decoraciones. Libros, bibliotecas, todo ha sido devorado por las llamas; no respetaron ni las pinturas murales. Hasta los marcos de puertas y ventanas sirvieron para alimentar el fuego. Y hay que advertir que Pécs, precisamente por ser centro minero, estaba bien provisto de leña y carbón; les habría bastado con tomarlo de los depósitos que poseían todas las casas. Cuando regresaron las familias a sus hogares no encontraron otra cosa que devastación, suciedad y ruinas. En casa de mis padres, en el centro del gran comedor y sobre el «parquet» de madera hicieron una hoguera con la mesa escritorio de caoba de mi padre. La mayoría

de las gentes no se quedó sino con lo que llevaban puesto en el momento del desahucio.

Pero no solamente nos aligeraron de nuestros objetos de algún valor; también a nuestras mujeres e hijas les arrebataron el honor. Es éste un trágico capítulo en la historia de la humanidad. Y también un capítulo en la historia de los mártires.

María Goretti ha subido a los altares en defensa de su virginidad. Y Dios ha permitido en nuestros días muchas Marias Gorettis. No había otra protección contra la violencia de los soldados que la huida. La que caía en sus manos, fuera niña de 12 años o anciana de 70 no escapaba a la violencia, porque, según ellos, les correspondía como botín de guerra. Podría citar más y más terribles casos ocurridos aquellos días, pero la pluma siente el pudor que no sintieron aquellos salvajes. En la ciudad de Veszprem —36.000 almas— encerraron a trescientas muchachas y mujeres jóvenes en la catedral, y allí fueron ultrajadas. En Szekesfehervar, de los 18.000 habitantes de entonces tuvieron que presentarse a la asistencia médica, por enfermedades venéreas, unas 2.000 mujeres. En muchos casos pagaron con sus vidas su resistencia y murieron de un tiro o de un bayonetazo. El Cardinal Mindszenty, en uno de sus escritos a las Naciones Unidas, habla de más de 25.000 mujeres deshonradas. Pero no sólo las mujeres fueron ultrajadas; también los muchachos de 16-17 años fueron forzados por las militares rusas. Un alumno de los jesuitas que prefirió entregar su vida que ceder a las amenazas, soportó el ultraje en su cadáver.

Al cabo de una semana empezó a tranquilizarse algo la vida; nos atrevimos ya a salir a las calles y empezaron a abrirse las tiendas y donde no estaba destrozado; incluso circulaba ya algún que otro tranvía. Poco a poco pudieron regresar las familias a sus hogares, aunque no era raro que faltara en ellas algún miembro asesinado por los rusos al defenderse a sí mismo o a algún compatriota. Era tristemente cómico ver cómo se vestían las gentes

con lo que les habían dejado los saqueadores.

Con todo, la seguridad pública no se restableció después de la orgía. Muy a menudo se presentaron soldados que oficial o extraoficialmente «repasaban» los pisos con el pretexto de la búsqueda de militares alemanes.

Pero es curioso que más bien les interesaban pulseras, anillos, relojes y joyas escondidas que los posibles alemanes. No tenían ningún reparo en quitar los anillos del mismo dedo de sus dueños. Así sucedió con el anillo del Obispo de Szeged, Monseñor Hamvas, que fué devuelto de un burdel por haberlo reconocido la mujer a quien se lo regaló un soldado ruso. Los rúrios, que cuál sería su profesión de mayor, respondió sin vacilar que saltador de trenes, porque así podría comer mucho pollo y disponer de buenos vestidos.

Las circunstancias difíciles durante el sitio y el caos reinante durante la ocupación hicieron que las comunicaciones y transportes se vieran paralizados. Los labradores de las provincias no se atrevían a facturar sus productos por ferrocarril, porque no había seguridad de que llegaran los envíos a su destino, ya sea porque al comandante ruso de cualquier estación se le ocurriese cambiar la ruta del convoy, ya porque, debido a la escasez de vagones, a lo mejor eran éstos descargados en cualquier estación, exponiendo entonces los frutos al robo o, en el mejor de los casos, a su deterioro.

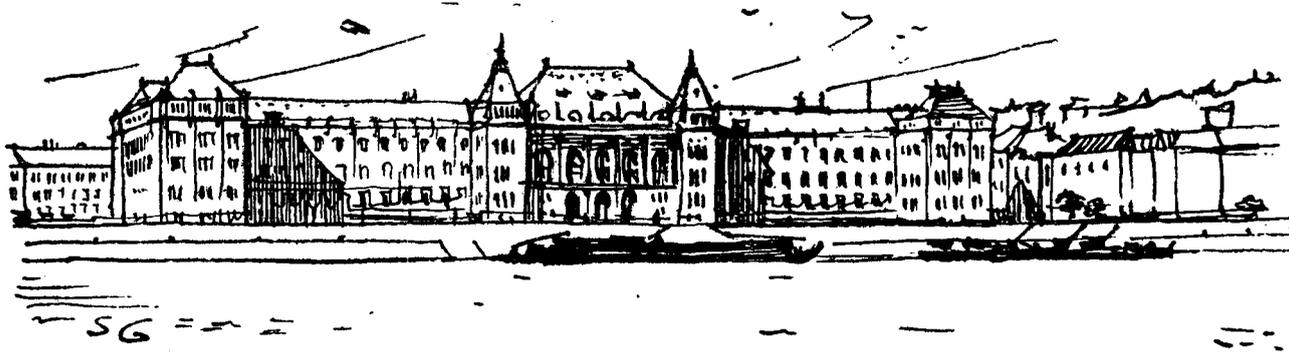
Los habitantes de la ciudad se proveían de viveres por sí mismos, trasladándose con sus mochilas a los pueblos donde obtenían lo que necesitaban a cambio de tejidos y productos industriales. Los pocos trenes que circulaban —la mayoría habían sido destruidos por los bombardeos— viajaban abarrotados de tal suerte, que la mitad de la gente iba en el techo de los vagones. En el tren viajaban también rusos verdaderos o fingidos, que luego, ya con amenazas ya por la fuerza, arrebataban sus cosas a las pobres gentes. La población no se atrevía mucho a defenderse, porque en caso de

pegar o herir a un ruso, era uno juzgado por un tribunal militar que no tenía el menor escrúpulo en despachar a la gente. Pero aun el mismo mando ruso advirtió que la situación era insostenible y dispuso vigilancia en los trenes, con lo que poco a poco resucitó la normalidad.

En la capital y en otras ciudades de cierta importancia estaba en uso otra violencia: la de despojar a las gentes de sus vestiduras. En los sitios solitarios y por la noche era absolutamente imposible transitar sin armas —aunque el hacerlo con ellas fuera también jugarse la vida, puesto que éstas estaban prohibidas bajo pena de muerte—. La gente indefensa se encontraba de repente rodeada de dos o tres rusos, verdaderos o fingidos, que obligaban a entregarles sus ropas. Con frecuencia se les dejaba completamente desnudos. Si se trataba de mujeres, su suerte era mucho peor.

Por estos tiempos se perdió por completo la noción de lo tuyo y lo mío. Durante el sitio y el tiempo que le siguió, la gente se proveía de viveres rebuscando entre las ruinas de los bombardeos y recogiendo lo que se podía encontrar. En términos claros, se saqueaba, pero se inventó una palasos, si se les mostraba resistencia a la entrega de las joyas, usaban como medio más expeditivo la violencia. Ellos, por su parte, decían siempre que no traían la cultura y no comprendían cómo nosotros nos resistíamos a la cultura representada por ellos. En lo que mostraron más infantil curiosidad fué con los relojes; lo ocurrido con éstos fué sencillamente fantástico. Hubo húngaros que encontraron un medio de vida vendiendo chistes sobre las historias de los rusos con los relojes a las revistas humoristas suizas.

Al principio, las obras públicas constituyeron una pesadilla debido al sistema empleado para realizarlas, consistente en recoger una cantidad determinada de hombres y obligarles a llevarlas a cabo. Pronto los rusos tomaron bajo su dirección el trabajo de desescombro y de reconstrucción. Sobre todo, este trabajo fué de gran trascendencia en Budapest, puesto que



El Politécnico de Budapest

## COLABORACION

sin él nunca se hubiese podido llegar a lo que se consiguió en poco tiempo. El aspecto triste de estas obras fué que para cubrir las necesidades, cuando no les bastaban los prófugos de los campos de concentración, organizaban verdaderas batidas de caza entre la población civil. A título de obras públicas se acordonaban ciertas calles, y los que en aquel momento se encontraban en ellas eran obligados a trabajar en cadena o eran raptados para completar de tiempo en tiempo el personal necesario.

En muchos casos, estas obras públicas han acarreado a muchas personas fuertes quebrantos en su salud, enfermedades y aun la muerte, porque frecuentemente se tenían que cubrir a pie distancias de 30 km., trabajar en la construcción de puentes, transportando vigas y pilares en condiciones inadecuadas. Nadie se preocupaba de la alimentación y el vestido de esas pobres gentes. Más adelante se aprendió la forma de eludir el trabajo: se invitaba al soldado ruso a un poco de aguardiente, y si se ponía de buen humor no tenía gran dificultad en soltar a sus presos. Aunque tampoco faltaron casos de soldados que, después de haber aceptado la invitación y haberlos puesto en libertad, les pegó un tiro alegando que se fugaban.

El segundo período nos brindó un fenómeno típico: el saqueo de los trenes y el despojo de las gentes por las calles. En ambas cosas participaba ya un porcentaje considerable de la chusma húngara.

El atraco a los trenes era muy rentable. Hasta tal punto se hablaba de estas cosas, que cuando en broma le preguntaron a un niño de tres años, hijo de un alto empleado de un ministerio técnica especial, «zabralni», derivada del verbo ruso «zabraty», robar. Este espíritu de robo se extendió tanto, que todo el mundo «zabralniaha» donde podía. Hasta las personas de conciencia moral más clara se vieron arrastradas por la vorágine. La

gente de principios menos firmes se enroló sin grandes escrúpulos en esta retribuidora «industria».

Poco a poco se fué normalizando la situación a la manera europea; se restituyó la seguridad y circulaban ya regularmente los trenes, aunque todavía sin las comodidades más perentorias —cristales en las ventanas, etcétera— a las que estábamos acostumbrados. La policía resultó más eficaz y de confianza, en cuanto a su aspecto externo, y la policía política se separó de la de seguridad, naciendo con ello el GPU húngaro, o departamento para la defensa del Estado, que se designaba con la abreviatura AVO.

La táctica con la Iglesia ha sido tan hábil y astuta que en un principio muchos cayeron en la celada. El soldado ruso, cuando no estaba embriagado, observaba un gran respeto al «pope» (sacerdote). No comprendía de ninguna manera el celibato y les impresionaba mucho, así como la excelente formación de los sacerdotes católicos y su manera de vivir modestamente. El clero pudo seguir vistiendo sus sotanas; esto, al principio, incluso fué una garantía y causa de atenciones por parte de los rusos, que no vacilaban en invitar al sacerdote a montar en sus autos para trasladarse de un pueblo a otro (aunque a veces le quitasen el reloj para quedarse con un «recuerdo»; pero esto era un detalle secundario).

Muchos de los soldados visitaban las iglesias y admiraban las bellas catedrales, aunque les disgustaba un poco la escasez de iconos. Les entusiasmaba oír el órgano. En Pécs, en la iglesia del colegio Pius, de la Compañía de Jesús, hubimos de organizar semanalmente conciertos de órgano para los oficiales del hospital militar que ocupaba el edificio del colegio. Muchos de los oficiales asistían los domingos a la misa mayor, para escuchar el coro y el órgano.

En el Colegio Pius, de Pécs, la relación entre el hospital y la clausura era

muy afable. El mando prescribió a la soldadesca el riguroso respeto a la clausura y demás dependencias de la Orden, tenían la prohibición expresa de penetrar en ellas. En una ocasión, uno de los chofers del hospital quiso probar fortuna en la clausura «recogiendo» en ella unos cuantos relojes, y al acudir, llamado por teléfono, el comandante, en el mismo sitio del delito, y a pesar de los ruegos del Padre rector, acabó de un tiro con el salteador.

El comandante mostraba gran afecto a los niños del colegio, sobre todo a los más pequeños, de suerte que hacía cuanto podía por ellos. Alguien dejó caer en broma la observación de que los automóviles del hospital corrían más para llevar de excursión a los alumnos del colegio que para los menesteres del mismo hospital, y fuerza es confesar que alguna razón tenía. Carne, azúcar, grasas, leche..., todo lo que era por entonces de difícil adquisición, lo ponía el hospital gratuitamente a disposición de nuestros niños. El mismo comandante, un hombre cincuentón, se pasó innumerables tardes jugando con los niños en el patio del colegio, llevándoles sobre sus espaldas como un caballo, etc. El ruso quiere de una manera increíble a los niños.

Estas relaciones francamente buenas con la Iglesia no eran un caso aislado, sino una tónica general. Más tarde advertimos que no era sino una argucia política. De momento, muchas de las iglesias deterioradas se reconstruyeron con subvención estatal; las escuelas religiosas funcionaban con plena libertad; se reanudó la organización de asociaciones católicas, la prensa, las grandes concentraciones. Nada hacía temer la persecución que nos habían anunciado los alemanes. Aun en la vida política se organizaban partidos de inspiración católica y se permitía campaña electoral.

N.

(Continuará)

Vlene de la pág. 457

## FATIMA Y LA CRITICA

fenómenos; pero en mi alma ya no tenía necesidad de verlos para creer en las apariciones de la Santísima Virgen a los niños» (27).

Si esta testigo negase el prodigio, su deposición evidentemente no podría prevalecer contra la multitud de los que lo afirman. Pero en realidad no lo niega; y cualquiera que sea la explicación del hecho singular, que no fué único —Martindale cita dos señoras inglesas (28)—, su depo-

sición constituye una prueba más de que millares de personas veían y atestiguaban el prodigio.

Nos hemos detenido bastante en la primera objeción, tanto por la importancia del prodigio en sí, y como señal de intervención preternatural, cuanto porque nos hace ver cómo la crítica científica es, bastantes veces, científicamente deficiente. Podremos ser más breves en las otras dificultades.

P. Luis Gonzaga de Fonseca

(27) La carta está firmada por Isabel Brandão de Melo, y fechada en Espinho, 13 de octubre de 1917.

(28) MARTINDALE: *The Message of Fatima*, p. 82.

(Trad. de «Sal Terrae»)

# SANTIDAD Y PAZ

## en el XXXV Congreso Eucarístico Internacional

El «Boletín Oficial del Obispado de Barcelona», correspondiente al 4 de septiembre publica con el título que figura en la cabecera de esta página, una carta pastoral del Prelado de la diócesis, Excmo. y Rvdmo. Sr. Dr. D. Gregorio Modrego y Casaus, sobre el Congreso Eucarístico Internacional que ha de celebrarse el año próximo en Barcelona. — En la primera parte de su pastoral, el Prelado barcelonés da a conocer los frutos espirituales que espera produzca el Congreso y señala las directrices para una adecuada preparación del mismo. Dichas directrices hacen referencia, concretamente a) a la oración y sacrificio, b) a la predicación sagrada, c) a la catequesis de los niños, d) a la propaganda. — En la segunda parte, se contiene una glosa de la idea central del Congreso, «La Eucaristía y la Paz», que ha de ser objeto de la atención de los congresistas, a lo largo de las diversas sesiones de estudios. A su tiempo damos cuenta, recogiendo manifestaciones del Prelado barcelonés, de los cinco temas en los que aquella idea ha de desdoblarse: I. - La Eucaristía y la Paz individual. II. - La Eucaristía y la Paz familiar. III. - La Eucaristía y la Paz social. IV. - La Eucaristía y la Paz internacional. V. - La Eucaristía y la Paz de la Iglesia. Transcribimos hoy, de la susodicha Carta Pastoral, el luminoso comentario que el Sr. Obispo de Barcelona, dedica al concepto de la verdadera paz. (\*)

### CONCEPTO DE LA VERDADERA PAZ

No es esa paz a que nos referimos la paz del mundo, sino la paz para el mundo; no es la paz que el mundo no puede dar, sino la que únicamente puede venirnos de Jesucristo, sobre cuya cuna los Angeles cantaron el más hermoso himno de paz; la que Él mismo nos dejó al subir a los cielos *pacem relinquo vobis* (1), y sólo Él podía darnos *quam mundus dare non potest* (2); porque Él es no solamente el Príncipe de la Paz, sino la misma Paz. *Et erit Ipse pax* (3), anunciaron los profetas; «Él es nuestra Paz», escribió luego el Apóstol. Presente en su Iglesia con real y activa presencia en la Eucaristía, Jesucristo sigue siendo el Príncipe de la Paz y realizador de ella en su Cuerpo místico y por medio de su cuerpo místico, que es su Iglesia.

La paz es la *tranquilidad del orden*, es decir, *orden sossegado o sosiego en el orden*. Ambos elementos son esenciales a la paz; cualquiera de ellos que falte, no podrá hablarse de paz.

En nuestros días, después de una guerra que envolvió en sus llamas a casi todas las naciones del mundo, y ante los temores de otra todavía más universal y destructora, la paz se entiende generalmente en el sentido restrictivo de evitación del temido conflicto armado. Esa paz es el objeto de las deliberaciones y de las preocupaciones de tantas asambleas y reuniones de hombres de Estado que con su cultura y su técnica, y la fuerza moral de su representación, sin más medios ni recursos, pretenden alejar el fantasma tétrico y horrendo de una posible guerra.

Todo esfuerzo que se realice rectamente para lograr aun esa paz antítesis de conflicto armado, merece ciertamente aplauso y es tarea noble, necesaria y muy urgente. Ella también será objeto de las plegarias del Congreso. Lo que en ella hay de humano, nos interesa también grandemente, en fuerza del mismo precepto de la caridad. Evitar nuevas e irreparables destrucciones y el empobrecimiento de los pueblos; impedir que aumente el número de viudas, huérfanos, mutilados, es muy humano y consiguientemente sería por sí solo digno de un Congreso glorificador de Quien, siendo Dios, no desdeñó hacerse hombre para procurar todo bien al hombre.

Pero no habría comprendido todo el alcance de este Congreso en su actuación por la paz, el que lo creyera limitado a trabajar y orar por esa paz que podemos llamar paz de las *armas*, pero no paz de las *almas*.

Mientras perdure la sistemática persecución contra la religión y especialmente contra la Iglesia Católica en tantas naciones (Rusia, China, Países de Europa Central y Oriental); a la vista de tantas deportaciones, ejecuciones, encarcelamientos (Cardenal Mindszenty, Stepinac, Beran,

Grósz y tantos otros), ¿cómo podrá hablarse de orden jurídico estable, elemento esencial de la paz?, ¿ni cómo un Congreso como el que (D. m.) se celebrará en Barcelona, podría laborar por una paz que se desentendiera de esas injusticias, las tolerase y aun, al menos implícitamente, las amparase?, ¿una paz que lo fuera de las armas, pero contra las almas? (4).

No nos serán indiferentes a los congresistas los dolores de nuestros hermanos en la fe; los lloraremos y los ofreceremos al Señor con nuestros sacrificios para que ellos vean aumentada su santidad y premiados sus méritos con días de paz y de consuelo aun en esta vida.

Ahincado empeño del Congreso habrá de ser clamar por esa libertad de la que tantos están privados en los mencionados países, y elevar ese clamor al Cielo en súplica ferviente, puesta en manos de la Santísima Virgen, para impetrar de la Omnipotencia y Misericordia de Dios Nuestro Señor que devuelva a esos pueblos su tranquilidad y no quede ni sombra de persecución y tiranía, ni tampoco memoria de las ofensas recibidas, sino amor entre todos los pueblos y entre todos los hombres. La conversión de los pueblos opresores ha de ser también objetivo digno de las tareas del Congreso.

No es tampoco la paz, aun esa paz restringida según el concepto de gran parte del mundo, flor que nazca en el campo de los intereses puramente materiales. Está bien que se estudien fórmulas para componer entre sí a los pueblos aun en el terreno de sus intereses materiales; pero es absurdo buscar la paz por el camino de un positivismo materialista. La paz es fruto del espíritu. Así ha sido reco-

(4) Son oportunas a este propósito las observaciones que el Emmo. Sr. Cardenal Eugenio Tisserant hace en su reciente carta pastoral a sus fieles de Ostia, Porto y Santa Rufina. Después de notar el cambio de actitud del Gobierno de Moscú respecto de los cismáticos rusos, en virtud del comportamiento de éstos durante la guerra, cambio meramente táctico y no ideológico, y medio más bien para lograr la adhesión del clero de los países balcánicos y de la Europa Central a sus respectivos gobiernos comunistas, hace ver cómo la resucitada iglesia nacional rusa y todas a las que llega su influencia son enemigas del Papa y de la Iglesia Católica, y añade: «En los conflictos de los católicos del rito oriental con las autoridades rojas, el Patriarca de Moscú y sus obispos siempre se ponen del lado de los comunistas. Cuando éstos encarcelaron a los obispos católicos de las provincias o de las naciones incorporadas a la URSS, el patriarcado moscovita invitó a los fieles y sacerdotes católicos a la apostasía. Esto, que ya sucedió en 1945 en la Galecia occidental y en 1948 en Rumania, dos años después, en 1949 y 1950, acaba de realizarse también en las provincias carpáticas de Checoslovaquia y hasta en la misma Eslovaquia.» «En estos territorios los templos católicos de rito oriental fueron arrebatados a los católicos y cerrados sin apelación posible o entregados a los disidentes. Mientras tanto, los pocos sacerdotes latinos que quedan, privados de la dirección de sus obispos, han tenido que atender con grandes dificultades, que van en aumento cada día, a la asistencia religiosa de los fieles católicos de ambos ritos.»

El Eminentísimo Purpurado describe luego, con aportación de abundantes y precisos datos, la persecución de que la Iglesia Católica es objeto en la zona de influencia rusa; persecución metódica, sistemática, adaptada a las especiales circunstancias de cada Nación, pero siempre con la mira de acabar con toda influencia de la Iglesia católica, y con la misma existencia de ésta, en esos países. Se ofrece todo a los apóstatas, se niega todo y se persigue a los que permanecen firmes en su fe, fieles a Roma. Como todas, esta persecución también aumenta la gloria de la Iglesia católica con nuevos mártires, con invictos confesores de su fe y héroes de la caridad, que saben orar por sus mismos perseguidores.

(\*) Véase «Boletín Oficial del Obispado de Barcelona», 4 septiembre de 1951, pág. 374.

(1) Ioh. 14, 27.

(2) Oración de la Misa «pro pace».

(3) Eph. 2, 14.

nocido recientemente en importante asamblea celebrada en París en julio último, en la que sonó la voz de «la paz por el espíritu». Es que el hombre, por mucho que quiera materializarse, no puede destruir lo que es más esencial en su naturaleza y tiene más fuertes exigencias, su espíritu, su alma. Si las naciones, se dijo en la aludida Asamblea, se preocupan de construir las defensas materiales de la paz, todos, por otra parte, se dan cuenta de que la única salvaguarda permanente de la paz se encuentra en el campo del espíritu. La paz por la cultura universal, se dijo allí mismo, la paz simplemente por la razón, por la libertad.

Más no basta tampoco, decimos nosotros, esa paz por el espíritu, por la cultura, por la razón y por la libertad; ha de añadirse el elemento religioso. La paz del universo está en las manos de Dios y ha de ser reflejo de la paz de Dios. Hablar, pues, de espíritu y de cultura, prescindiendo de Dios, podrá ser un intento de caminar hacia la paz, pero en realidad se habrá levantado una barrera infranqueable que cierra el camino que a ella conduce.

Por eso causa honda tristeza y disipa esperanzas de paz ver como en las reuniones de los hombres de Estado, de los hombres de cultura, no se invoca a Dios y aun se pretende prescindir de Él, al menos por compromiso, porque en ellas se sientan también hombres representantes de naciones no sólo indiferentes, sino abiertamente ateas.

Digamos, pues, que cultivar el espíritu del hombre por todos los medios de un sano humanismo, es útil, pero sólo con eso no puede llegarse a la pacificación de los hombres. La cultura, al servicio solemne de la razón, la cultura autónoma como se la llama, que prescinda del altar y del trono, como alguien dijo, equivale a un nuevo entronizamiento de la diosa razón y de la diosa libertad, ídolos que ya cayeron con estrépito y rodaron por charcos de sangre y de lágrimas, y quedaron entre escombros y ruinas.

Son imprescriptibles los derechos de Dios, de que quieren prescindir los hombres de la razón sobre todo, de la cultura laica, de la ética natural, de las libertades civiles sin el freno de una regla moral universal basada en la Ley eterna de Dios y en la ley natural.

Mucho menos hablan esos hombres laicos del orden sobrenatural y de la necesidad de la gracia para que, moderadas y dominadas las pasiones, hagan el debido uso de su libertad, respeten la de los demás y así sean en verdad hombres pacíficos.

Y, no obstante, el hombre, en el actual orden de la divina Providencia, según sus actuales destinos, necesita de ese elemento sobrenatural de la gracia, no sólo para merecer y conseguir su último destino y su felicidad perfecta en la otra vida, para lo que es absolutamente necesaria, sino aun para desenvolver ordenada y pacíficamente la vida presente, su vida individual, su vida social, su vida internacional. Lo que el mundo necesita para su restaura-

ción es «la conducta espiritual, el retorno a aquellos valores sobrenaturales que con tanta frecuencia exaltan los hombres en los santos y niegan en su vida» (5), como dijo Su Santidad hace pocos días.

Quienes dicen ir a la conquista de lo humano, prescindiendo del elemento divino, cometen un gravísimo error, y comprometen los mismos valores humanos que pretenden defender. Porque el hombre es eso, alma y cuerpo, y tiene necesidades de orden no sólo material, sino también espiritual; no sólo natural, sino sobrenatural; no sólo humano, sino también divino.

Si se lograra ver desterrada de todos los pueblos la miseria y la ignorancia de forma que todos los individuos tuvieran asegurado su bienestar material y una adecuada formación cultural y ciudadana; más aún, si todos reconocieran y aceptaran la misma norma moral universal, basada en la ley de Dios, se habría logrado, si, avanzar mucho en el camino hacia la verdadera paz, pero no se contaría aún con todos los elementos necesarios para lograrla. Faltaría a las almas la medicina y el alimento de la gracia de Dios, sin la cual la pobre inteligencia de los hombres no puede comprender bien el cúmulo de sus deberes, ni mucho menos su frágil voluntad cumplirlos.

El pecado: he ahí la verdadera causa de todo desorden individual y social, y consiguientemente de todas las discordias y de todas las guerras.

Ahora bien, el antídoto del pecado es únicamente la gracia, y fuente de ésta quien nos la mereció con su vida, pasión y muerte, y con su sacrificio de valor infinito, Jesucristo, que está sentado en el cielo a la diestra de Dios Padre, intercediendo por nosotros con gemidos inenarrables, y está también en el augustísimo Sacramento del Altar con su real presencia vivificando a su Iglesia y ofreciendo, de forma ahora incruenta, el mismo sacrificio de la Cruz.

El Congreso Eucarístico Internacional de Barcelona será, por tanto, el verdadero Congreso de la paz, de la paz cristiana, de la paz integral, porque su actividad toda, estudio y oración, tendrá por objeto el problema de la paz del hombre considerado en toda su integridad, teniendo a la vista al hombre entero, tal cual es en su estado actual dentro de los planes de la divina Providencia, hombre caído por el pecado primero, pero elevado luego por los méritos de Jesucristo; hombre herido, pero sanado por la gracia; hombre que se reveló contra Dios, pero reconciliado con el mismo por el sacrificio del Hijo de Dios.

Y como quiera que el hombre no es un ser aislado, sino destinado a vivir y que de hecho vive en sociedad, también ese hombre social, considerado como miembro de la sociedad familiar, de la sociedad civil o de la sociedad internacional, necesita del elemento divino de la gracia para lograr una humanidad ordenada y sosegada, o sea pacificada.

(5) Radiomensaje al pueblo de Catania. *Osservatore Romano*, 16-17 agosto 1951.

## DE LA QUINCENA RELIGIOSA

### EL CONGRESO MUNDIAL DEL APOSTOLADO DE LOS SEGLARES

Máximo acontecimiento en la vida oficial del mundo católico durante la presente quincena, ha sido el Congreso Mundial del Apostolado de los seglares que se ha celebrado en Roma, del 7 al 14 de octubre, con asistencia de representantes de 74 paí-

ses. El Congreso ha tenido una larga y laboriosa preparación, de la que han sido manifestaciones visibles las sesiones previas realizadas en los distintos países que se han visto representados en él. Acaso ello explique, en parte, la adecuada sistematización de los trabajos del Congreso y los resultados obtenidos que, como fruto maduro de dichos trabajos han sido expuestos en la

declaración oficial hecha al término de las sesiones.

En la conferencia de prensa habida el sábado 6 de octubre, Vittorino Veronesse, presidente de la Acción Católica Italiana y secretario General del Congreso, expuso a los periodistas los objetivos del mismo, a saber:

1) Profundizar el concepto mismo del apostolado de los laicos.

2) Examinar las necesidades más urgentes del apostolado en la hora presente.

3) Determinar las formas más acertadas para obtener resultados positivos en el seno de la sociedad.

4) Inculcar una clara conciencia de los problemas más graves del momento.

5) Acrecer entre los católicos el espíritu de cooperación en el plano internacional y favorecer los intercambios.

La declaración oficial formulada como conclusión y exposición de los trabajos del Congreso, consta de once puntos y se hace eco de las inquietudes y problemas que trascienden en los párrafos antedichos.

Sobre el concepto del apostolado de los laicos se dice en la susodicha declaración:

«El apostolado de los laicos ha sido previsto y querido por el mismo Dios en su plan de amor redentor. Dios ha creado el mundo y lo ha rescatado del pecado por la encarnación de su Hijo Jesucristo, que prolonga su presencia y su misión mediante la Iglesia por Él fundada, y a la que anima con su Espíritu. El es el que ha instituido una Iglesia jerárquica para la edificación de su Cuerpo místico, a fin de que todos los miembros, cada uno en su puesto, colaboren en el desarrollo de ese Cuerpo, por medio de la fe y de la caridad (Epístola a los Efesios, 4, 11 y s.)» (1).

«... Este apostolado presupone que todo cristiano conoce y admite de hecho, que el cristianismo no consiste tan sólo en la práctica de los deberes religiosos en determinadas circunstancias, sino en vivir, con la ayuda de la gracia, la vida de la Iglesia en todo momento y en todos sus actos.»

«Este apostolado consiste ante todo en dirigir a los hombres, con pleno respeto a su libertad, hacia la verdad y el amor de Cristo. Implica, por lo tanto, una irradiación de los principios y del espíritu evangélicos sobre las instituciones y las estructuras humanas de orden temporal.»

La necesidad de la adecuada formación para un auténtico y provechoso ejercicio del apostolado se proclama nítidamente. Claro está que dicha formación ha de tender, en primer término, a lograr que el apóstol viva en su plenitud la vida de la gracia. Sin ella resultaría irrisoria la pretensión de convertir o mejorar a los demás. El punto sexto de la declaración hace particular hincapié en ese aspecto fundamental de la formación. Mas, para ser completa, ha de integrar ésta, asimismo, y en el grado necesario, factores humanos, como son conocimiento de los métodos adecuados a las exigencias del momento y competencia en el propio terreno profesional. La conclusión que sigue es notabilísima a este respecto:

«La mayor necesidad de nuestra época es la de ver unificadas a la luz de la sabiduría cristiana las diversas ramas de la cultura, tarea que requiere una unión armónica de la competencia y de la fe» (2).

La declaración señala como tarea apremiante del apostolado seglar la instauración y consolidación de un recto orden social:

«Una de las tareas más urgentes, dice, en los momentos actuales y que la Iglesia puede realizar especialmente a través de la acción de los seglares, es, asimismo, la instauración de un mundo económico y social verdaderamente cristiano. Un orden en el cual «la persona humana sea reconocida como fundamento, su fin y su sujeto» (cfr. Pío XII, radiomensaje de Natividad de 1941) «y en el que sus derechos esenciales puedan encontrar una posibilidad concreta de afirmarse y desarrollarse.»

En las conclusiones se afirma la creencia de que la solución de los grandes problemas económicos y sociales, se logrará cada vez más en el plano internacional. «Por lo tanto, se lee en ellas, es necesario que los católicos abracen valientemente sus responsabilidades en ese orden, y, en consecuencia, participarán en la vida de los organismos e instituciones existentes, para asegurar en ellos la presencia del espíritu cristiano.»

#### EL DISCURSO DEL PAPA

El domingo 14 los congresistas ponían fin a sus tareas escuchando la voz del Papa, en el curso de una solemne audiencia. La doctrina expuesta por Su Santidad, precisa y aclara diversos puntos que, acá y allá, y por efecto de iniciales desenfoces, disculpables en la mayoría de los casos por el buen celo de los que los sufren, han podido aparecer dudosos. Pero, antes, quiere el Papa deshacer el equívoco que asigna al apostolado seglar una tradición relativamente moderna. Afirma Su Santidad que dicho apostolado nunca ha estado ausente de la historia de la Iglesia y dice que «sería interesante e instructivo seguir su evolución en el curso de los tiempos transcurridos».

Se ha dicho que en los cuatro últimos siglos la Iglesia ha sido exclusivamente clerical, por reacción contra la crisis que en el siglo XVI pretendía abolir la Jerarquía. Ese juicio se halla totalmente alejado de la realidad, dice el Papa, porque es precisamente a partir del concilio de Trento, cuando el laicado se ha encuadrado y ha progresado en la actividad apostólica. La aparición de las Congregaciones Marianas y la introducción de la mujer en el apostolado son claros ejemplos de esta verdad y los nombres de María Ward y de San Vicente de Paúl, símbolos de la realidad de la misma. La separación de la Iglesia y el Estado a que llevaba la Constitución de los Estados Unidos, de una parte, y la Revolución francesa, de otra, colocan a la Iglesia en trance de proveer por sí misma a sus necesidades de todo orden. «Este fué el origen, dice el Papa, de los que se llaman movimientos católicos, que, bajo la guía de sacerdotes y seglares, reclutan, fuertes por sus efectivos compactos y por su sincera fide-

lidad, a la gran masa de los creyentes para el combate y para la victoria.» «¿No hay ya ahí, pregunta Su Santidad, una iniciación y una introducción de los seglares en el apostolado?»

¿Cuáles son los puntos precisados por Su Santidad?

**Primero: No todos están llamados al apostolado en el sentido estricto del término.**

Ahora bien; ¿debe reputarse apostolado la educación cristiana dada por la madre o el maestro, celosos en el cumplimiento de sus respectivos deberes, la conducta intachable del hombre de carrera en el ejercicio de su profesión, la actividad del hombre de Estado católico que pone todo su empeño «en favor —señala el Papa un caso concreto— de una amplia política de la vivienda para los menos dotados de fortuna?»

«Muchos se inclinarían hacia la negativa, dice Su Santidad, no viendo en todo esto sino el simple cumplimiento, muy loable, pero obligatorio, del deber de estado.» Pero añade, a renglón seguido: «Sabemos sin embargo, el poderoso e irremplazable valor, para el bien de las almas, de este simple cumplimiento del deber del propio estado por millones y millones de fieles concienzudos y ejemplares.»

**Segundo: El apostolado de los seglares puede ejercerse fuera de los moldes de organización de la Acción Católica y de otras instituciones.**

Dice el Papa: «El apostolado de los seglares, en sentido propio, está, sin duda, en gran parte organizado en la Acción Católica y en otras instituciones de actividad apostólica aprobadas por la Iglesia; pero fuera de éstas, puede haber y hay apóstoles seglares, hombres y mujeres, que piensan en el bien que hay que hacer, en las posibilidades y en los medios de hacerlo; y lo hacen únicamente cuidadosos de ganar almas a la verdad y a la gracia.» «... Vosotros veis a todos estos seglares empeñados en su trabajo; no os inquietéis en preguntarles a qué organización pertenecen; más bien admirad y reconoced de buen grado el bien que hacen.» El Papa manifiesta que no subestima el valor de la organización como factor de apostolado. «Pero esto, dice, no debe conducir a un exclusivismo mezquino, a lo que el Apóstol llamaba «explorare libertatem»: «espíar la libertad» (Gál. 2,4).

**Tercero: El apostolado de los seglares está subordinado a la jerarquía.**

«Cae de su propio peso que el apostolado de los seglares está subordinado a la jerarquía eclesial; ésta es de institución divina; aquel no puede, por lo tanto, ser independiente en relación a ella.» Es erróneo pensar que el apostolado de los seglares sigue una línea paralela a la del jerárquico. El obispo puede someter al párroco las obras de apostolado seglar existentes en la parroquia. «Lo puede, dice el Papa, y puede dictar como regla que las obras del apostolado de los seglares

(1) Véase «Ecclesia» 20 octubre 1951, pág. 16.

(2) Ibid.

## ACTUALIDAD

destinadas a la parroquia misma, estén bajo la autoridad del párroco.»

La dependencia del apostolado seglar respecto a la jerarquía admite grados. Señala el Papa que esta dependencia es por naturaleza más estrecha, al tratarse de la Acción Católica. «Otras obras de apostolado seglar, dice, organizadas o no, pueden ser dejadas en mayor grado a su libre iniciativa, con la amplitud que exigieran los objetivos perseguidos.»

En el trabajo apostólico debe reinar entre sacerdotes y seglares la más cordial inteligencia. El apostolado de los unos no es una competencia con el de los otros. La frase «emancipación de los seglares» sobre no ser del agrado de Su Santidad, tiene un sentido ingrato y es, históricamente, inexacta. «¿Acaso eran menores de edad aquellos grandes «condottieri» de los movimientos católicos de los últimos ciento cincuenta años?», pregunta el Papa.

«El llamamiento al concurso de los seglares no es debido al desfallecimiento o al fracaso del clero frente a su tarea presente.» «El seglar, hace notar el Papa, está llamado al apostolado como colaborador del sacerdote, frecuentemente como colaborador preciosísimo y hasta necesario por razón de la penuria del clero, demasiado escaso decimos, para poder satisfacer por sí sólo a esta misión.»

### **Cuarto: Necesaria influencia del apostolado seglar en el campo de la política.**

El Papa felicita a los congresistas por su resistencia a la tendencia manifiesta, que reina aun entre los católicos, y que querría confinar a la Iglesia en las cuestiones llamadas «puramente religiosas»; «nadie, dice, se toma el trabajo de saber justamente que se entiende con eso; con tal de que ella se entierre en el templo y en la sacristía y que deje perezosamente a la humanidad debatirse fuera en su angustia y en sus necesidades, no se le pide más.»

He aquí las notabilísimas palabras del Papa sobre punto tan importante: «Por fuerza y de continuo, la vida humana, privada y social se encuentra en contacto con la ley y el espíritu de Cristo; de ahí resulta por la fuerza de las cosas una compenetración recíproca del apostolado religioso y de la acción política. Política, en el sentido noble de la palabra, no quiere decir otra cosa que colaboración para el bien de la ciudad, «polis». Pero este bien de la ciudad tiene una extensión muy grande, y consiguientemente, es en el terreno político donde se debaten y se dictan también las leyes de la más alta importancia, como las que conciernen al matrimo-

nio, la familia, el niño, la escuela, por limitarnos a estos ejemplos. ¿Acaso ésas no son cuestiones que interesan en primerísimo término a la religión? ¿Pueden dejar indiferente, apático, a un apóstol? En la alocución antes citada hemos trazado el límite entre Acción Católica y acción política. La Acción Católica no debe entrar en lid en la política de partidarios. Pero, como lo decíamos también a los miembros de la Conferencia Olivanti, «tan loable como es mantenerse por encima de las querellas contingentes que envenan las luchas de los partidos..., tanto sería reprochable dejar el campo libre, para que dirijan los negocios del Estado a los indignos y a los incapaces».

### **LAS MANIFESTACIONES DEL CARDENAL TEDESCHINI SOBRE LA RENOVACIÓN DEL MILAGRO DE FÁTIMA HECHA A SU SANTIDAD**

En otro lugar de este mismo número habrá podido ver el lector el texto del discurso pronunciado por el cardenal Tedeschini, en el que se da cuenta de la milagrosa reproducción del prodigio de Fátima realizada a los ojos de Su Santidad en los jardines del Vaticano. Conviene precisar que la única fuente de información relativa al hecho, está en las palabras del cardenal Tedeschini tal y como aparecieron en «L'Osservatore Romano» y de las que es traducción el texto castellano que transcribimos.

La revelación del cardenal Tedeschini, tiene ciertamente, carácter sensacional. Ello explica la emoción producida en el ánimo de los católicos de todo el orbe. ¿Qué significado cabe atribuir a esa revelación? El cardenal Tedeschini se abstuvo de hacer comentarios sobre este punto. Tal vez por esta razón, ha quedado libre el campo para las suposiciones y conjeturas. Así hemos podido leer en cierto periódico extranjero, un comentario, reproducido en parte por otro español, en el que a vueltas de diversas afirmaciones, que denotan un menos que mediano conocimiento de las cosas de la Iglesia, se vaticina la próxima adopción por el Vaticano, de actitudes y decisiones extraordinarias.

A nuestro juicio, y mientras no digan otra cosa voces más autorizadas, el significado del hecho, no puede aislarse del que ofrecen las revelaciones de Fátima, con las cuales se halla en íntima conexión. El prodigio de los jardines del Vaticano y la consiguiente revelación del mismo, son una prueba evidente de la vivísima actualidad del mensaje de Fátima, para nuestro mundo. Una vez más, el cielo ha hablado. Sólo resta ahora que, una vez más también no se hagan los hombres sordos a su voz.

### **LOS ESTADOS UNIDOS NOMBRAN SU PRIMER EMBAJADOR ANTE LA SANTA SEDE**

Con fecha 20 de octubre se ha hecho pública en Washington la decisión del Presidente Truman de enviar un embajador a la Santa Sede. El nombramiento ha recaído en el general Clark, de religión protestante, que manda en la actualidad las fuerzas del ejército en Fort Monroe (Virginia). El nombramiento ha sido enviado al Senado americano para su aprobación.

En los comentarios dedicados al hecho, se recuerda que los Estados Unidos tuvieron ministro en Roma, no embajador, desde 1848 a 1868. Los portavoces oficiales del gobierno norteamericano, manifiestan que el presidente Truman da a su decisión un alcance netamente político; la conveniencia de contar con el apoyo moral del Vaticano, en la línea de batalla que los Estados Unidos oponen a la expansión comunista. El oportuno comentario a ese respecto de la cuestión, lo hallará el lector en la «Quincena política». No es aventurado suponer, sin embargo, que en la adopción de tal medida ha pesado considerablemente la atención al catolicismo americano, cada día más influyente en el país, por efecto de su incesante aumento.

### **EL PROBLEMA DE LA VIVIENDA.**

#### **DECLARACIÓN COLECTIVA DEL EPISCOPADO FRANCÉS**

A su paso por los campos de Europa, las últimas guerras sembraron la semilla de diversos y angustiosos problemas. Uno de ellos es el de la vivienda. La declaración colectiva del Episcopado francés, publicada a raíz de la Asamblea celebrada en París los días 16, 17 y 18, constituye un apremiante llamamiento en pro de la solución de dicho problema. Transcribimos los siguientes párrafos de la declaración:

«¿Os preocupáis de los mal alojados? — los prelados se dirigen a sus fieles—. ¿Os habéis preguntado si podéis hacer algo por ellos? ¿Habéis intentado venir en su ayuda, bien sea poniendo a su disposición los locales que vosotros podáis dejar libres, bien contribuyendo al saneamiento y al menaje de las viviendas existentes?»

«Conviene que los poderes públicos y todos los que trabajan por dar una solución al problema de la vivienda se vean sostenidos en sus esfuerzos por los católicos. Hace falta igualmente que estos últimos estén bien al corriente de las leyes y reglamentos que favorecen la construcción y el menaje de los locales habitables. Que sepan utilizarlos y que entren con gusto en los diversos organismos de ejecución.»

HIMMANU-HEL

## LEYENDO Y BRUJULEANDO

Los últimos de Abadán. - Los primeros de Egipto. - El judaísmo, las finanzas y la «democracia» norteamericana. - El 2.º Plan Marshall y el rearme soviético. - ¿Sólo «Abadán, Sudán y Bevan»? El Presidente de los EE. UU. nombra embajador en el Vaticano. - Truman y el comunismo.

Del 6 al 10 de octubre

### LOS ÚLTIMOS DE ABADÁN

«Han terminado de llegar a Londres los «último de Abadán», los últimos directores e ingenieros. Los últimos médicos de los hospitales y consultorios de aquellas refinerías. Las últimas «nurses»... La mayor parte de los periódicos ingleses detallan la desventura en tonos sombríos y alguno —nos dice un corresponsal—, más excitado, exhuma viejos textos victorianos que definen lo que es o podría ser una traición».

Las amenazas de Morrison, la concentración de la escuadra británica en el golpo Pérsico, los paracaidistas de Chipre, las sanciones económicas y financieras, no han tenido otra consecuencia visible que la de hacer patente ante el mundo, la inutilidad de los gestos dramáticos de los gobernantes ingleses, y la pérdida enorme de prestigio sufrida por Albión desde la victoria militar de 1945.

Mussadecq ha salido triunfante en toda la línea, y nada ha logrado impedir que los «últimos de Abadán» se vieran obligados a arriar finalmente la bandera —la británica— de los campos petrolíferos, abandonando el territorio persa a bordo de unos botes de salvamento...

Ciertamente, —lo ha apuntado Churchill en uno de sus discursos electorales— el gobierno laborista no ha estado a la altura de las circunstancias; pero, ¿hubiera sido muy distinto el final con un Gobierno conservador? El mismo Churchill confiesa en ese discurso, que una de las causas del fracaso inglés en Persia, «ha derivado también de la disminución del prestigio británico en el Oriente Medio, la cual ha sido consecuencia inevitable, a su vez, de la pérdida de la India».

Y ésta, a su vez, podríamos añadir, de la política de Churchill en el transcurso de la pasada guerra, que al sujetar el futuro de Britania a las conveniencias de Roosevelt y Stalin, determinó la pérdida del Imperio y el comienzo de la decadencia de Inglaterra. El laborismo se ha limitado a llevar hasta sus últimas consecuencias la herencia que recibió del conservadurismo; por eso, el desfile de los de Abadán por las calles de Londres, acaso no sea el «último» que hayan de contemplar los ingleses. Aunque sean los conservadores los que obtengan mayor número de diputados en las elecciones que se anuncian.

### LOS PRIMEROS DE EGIPTO

El jefe del Gobierno egipcio, Nahas Bajá, ha presentado al Parla-

mento el proyecto de derogación del vigente Tratado con Inglaterra, como consecuencia de haberse negado el Gobierno británico a acceder a las peticiones de El Cairo relativas a una revisión de dicho Tratado.

Según Nahas Bajá, la nueva legislación privará a las fuerzas británicas en Egipto de todos sus privilegios; ya que la actitud inglesa constituye una amenaza para la paz del mundo. «Atendiendo los intereses de Egipto —declaró Nahas Bajá ante los parlamentarios—, concerté el Tratado en 1936. Por la misma razón, pido ahora que el Parlamento derogue aquel acuerdo» (1).

La reacción de Londres ha sido inmediata. Al conocerse el propósito del Gobierno egipcio, el secretario del Foreign Office, Herbert Morrison, ha publicado una nota en la que dice: «El Gobierno de Su Majestad no reconoce la legalidad de una renuncia unilateral al Tratado de 1936 y a los acuerdos de condominio, y mantendrá todos sus derechos derivados de aquellos acuerdos, sin perjuicio de un arreglo satisfactorio con Egipto sobre la base de las nuevas propuestas a que se hace referencia.»

¿Cuáles son esas nuevas propuestas? Al parecer, se trataría de incluir a Egipto en el sistema defensivo del Oriente Medio, estableciéndose un control internacional sobre el canal de Suez a cargo de tropas pertenecientes a los Estados Unidos, Egipto, Gran Bretaña, Francia y Turquía, y posiblemente a otros países vecinos. Entre tanto, la nota del Foreign Office indica que Inglaterra no está dispuesta a seguir en Egipto la táctica adoptada hasta ahora en Persia. La razón podría ser que el pueblo británico se siente más impresionado con lo que puede ocurrir en Egipto que con lo sucedido en Abadán. «La refinería y los pozos de Persia —apunta un corresponsal— apenas evocan ningún recuerdo, ninguna imagen que haya quedado prendida en la historia inglesa como un penacho. El canal de Suez, el desierto, el Nilo viven en la memoria de miles y millones de ingleses que allí llegaron con el ánimo en tensión, con la presencia de la muerte en el espíritu.»

¿Hasta qué punto los Estados Unidos apoyarían una acción británica contra Egipto? ¿Influirá ese nuevo problema en las elecciones inglesas?

(1) El Jefe del Gobierno egipcio citó dieciocho casos de otros países, incluyendo a Estados Unidos, que han anulado unilateralmente diversos Tratados. Dijo que los Estados Unidos anulaban el Tratado angloamericano de 1850, por el cual se convenía la explotación conjunta del canal de Panamá.

Del 11 al 15 de octubre

### EL JUDAÍSMO, LAS FINANZAS Y LA «DEMOCRACIA» NORTEAMERICANA

Las «Memorias» del que fué secretario de Defensa de los Estados Unidos, Forrestal, actualmente en curso de publicación, acaban de revelar un secreto —secretos a voces para quien quiere ver y oír— sobre ciertas concomitancias de la política norteamericana con determinados medios financieros.

«Forrestal —escribe un corresponsal en Nueva York— cuenta que los grandes financieros judíos emplearon cuantiosos fondos con que alimentar la máquina del Partido Demócrata para ejercer «chantaje» (la palabra es de Forrestal) sobre la política de Norteamérica con relación a Palestina. Explica que como la máquina del Partido Demócrata no podía prescindir de los fondos facilitados por los judíos, el Gobierno norteamericano se vió imposibilitado de seguir la actitud independiente entre árabes y judíos aconsejada por los Ministerios de Defensa, Marina y Aire norteamericanos... Por cierto que Forrestal refiere a este respecto cómo fué visitado por el hijo del presidente Roosevelt, Franklin, para «con un fervoroso discurso» abogar por la causa del Estado nacional judío en Palestina. El joven Roosevelt puso ante Forrestal el argumento de los votos judíos en Nueva York, y alegó que si el Gobierno no se declaraba inmediata y abiertamente a favor del Estado judío, perdería millones de votos que ganaría, en cambio, el Partido Republicano.»

Forrestal le replicó —según su propio testimonio— lo mismo que había dicho al senador Mac Grath: «Me parece ya tiempo de que alguien empiece a pensar si no podemos perder los Estados Unidos enteros, nosotros y los republicanos.»

¿Quién gobierna en los Estados Unidos? A través de las investigaciones que se están llevando a cabo en aquel país, se llega a la conclusión de que en Norteamérica, «el inframundo del hampa, los «gangsters», la organización de la delincuencia, el tráfico de estupefacientes, los juegos ilícitos y la democracia, forman un conjunto casi indisoluble con las máquinas electorales de los partidos». Ahora Forrestal denuncia —en sus escritos póstumos— la influencia considerable de la gran finanza judía, confirmando así los múltiples testimonios anteriores sobre el particular.

No es extraño que con tales antecedentes, fracasen los mejores pro-

## ACTUALIDAD

nósticos de Gallup. Pero ¿qué significa la palabra democracia en Norteamérica? ¿Quiénes son los que dirigen en verdad la extraña y confusional política de los Estados Unidos?

### EL 2.º PLAN MARSHALL Y EL REARME SOVIÉTICO

El Presidente Truman ha firmado la ley que concede ayuda económica y militar a diversos países extranjeros, por un total de 7.483 millones de dólares, en el período comprendido entre 1.º de julio de 1951 y 30 de junio de 1952. Seis mil millones de dólares, aproximadamente, están destinados a Europa. Para administrar el nuevo crédito se ha creado un organismo especial: la «Mutual Security Agency» (M.S.A.), sucesora de la E. C. A. y que estará también dirigida por Averell Harriman. En realidad, el nuevo presupuesto de ayuda al exterior puede considerarse —como subraya «Le Monde»— como un segundo plan Marshall.

¿Hasta qué punto los dólares norteamericanos continuarán asegurando el rearme de la URSS? La pregunta viene determinada por la siguiente información procedente de Francfort: «Checoslovaquia está siendo empleada como un eslabón vital para las compras soviéticas en Occidente. Un 40 por 100 de las importaciones checas, proceden todavía de los Estados Unidos, Inglaterra y los países occidentales. La mayor parte de estas importaciones están constituidas por equipos industriales adquiridos en Inglaterra, y que están siendo empleados para el rearme comunista.»

Si los dólares norteamericanos han de servir, en parte al menos, para mantener y aumentar la producción industrial en varios países de la Europa occidental, y aquélla se destina en determinadas cantidades al rearme de la URSS, ¿no es legítimo preguntarse la verdadera finalidad de la ayuda financiera norteamericana? ¿Y no cabe en lo posible que el rearme soviético explique los atrasos incomprensibles del rearme del occidente europeo?

Del 16 al 21 de octubre

### ¿SÓLO «ABADÁN, SUDÁN Y BEVAN»?

Churchill ha tratado de sintetizar la política laborista en tres palabras: «Abadán, Sudán, Bevan.» Como fórmula propagandística en vigilias electorales, la consigna de Churchill puede hacer su efecto entre las masas conservadoras y liberales del país, que sueñan todavía con la pasada grandeza de Albión; pero, en realidad, la fórmula es incompleta. Churchill podía haber añadido: «Teherán, Postdam, Sam» y algunos otros nombres no menos significativos cuyo recuerdo no debe haberse borrado todavía de la mente churchiliana.

Por otra parte, es difícil que ninguna de estas cuestiones haga mella entre los adictos y simpatizantes del laborismo, que no pueden tener, ciertamente, una grata memo-

ria de la actuación de los conservadores en su última etapa gubernamental.

En realidad, laboristas y conservadores tratan de ocultar su incapacidad para formular un programa de gobierno.

Ni en el interior del país, ni en el exterior, las tremendas cuestiones que están planteadas pueden tener una rápida y adecuada solución conforme a los intereses de la nación. De ahí, posiblemente, el silencio en que se han encerrado ambos partidos sobre su actuación futura. «Es curioso —dice un corresponsal—, pero los dos partidos están a la defensiva. Los conservadores, aparte de las rectificaciones concretas escritas en su manifiesto electoral..., han dedicado lo mejor de su esfuerzo a explicar lo que «no van a hacer»; los laboristas, por su parte, siguen la línea del primer ministro: ofrecen a la consideración del elector «lo realizado», pero no han anunciado hasta ahora ni un plan, ni una legislación que merezca la pena.»

Pero, en definitiva, ¿de qué servirían tales programas? En la «Quincena» anterior señalábamos la posibilidad de que el Partido Laborista, «con victoria o sin ella», pudiera lanzar a Inglaterra por el camino del comunismo (2). Ahora, es un corresponsal el que desde Nueva York escribe estas palabras: «Aventurado sería quien, ante el derrumbamiento del Imperio y el empobrecimiento del país, pretenda seguir mirando a Inglaterra a la luz de las tradiciones, las virtudes, las características de las épocas de las vacas gordas»; para terminar con un terrible augurio: «Inglaterra está abocada a una sacudida interior que refleje lo que ha sufrido en el exterior, cualquiera que sea el resultado de las elecciones» («La Vanguardia Española»).

He ahí el verdadero problema en que se debate Inglaterra. ¿Por qué, entonces, conceder una significación trascendental al recuento de las papeletas que se depositarán en las urnas el próximo día 25?

### EL PRESIDENTE DE LOS EE. UU. NOMBRA EMBAJADOR EN EL VATICANO

El secretario del presidente norteamericano Truman ha hecho la siguiente declaración:

«El Presidente ha decidido que es de interés nacional para los Estados Unidos mantener representación diplomática en el Vaticano. Por tanto, ha nombrado al general Mark W. Clark como embajador en el Vaticano. Durante la guerra, el difunto presidente Roosevelt nombró al señor Myron Taylor como representante personal del presidente ante S. S. el Papa. Durante la guerra y después de ella, la misión de Taylor realizó un servicio muy útil, no sólo en el campo de la diplomacia, sino

(2) «Lo grave del caso es que, con victoria o sin ella, el Partido Laborista puede verse lanzado por el camino rápido hacia el comunismo, sin que halle frente a él núcleos potentes de resistencia capaces de impedir que Inglaterra se convierta algún día en una república comunista al estilo de las existentes en la Unión Soviética». CRISTIANDAD, 15 de octubre de 1951, «De la Quincena Política», pág 448.

en la disminución del sufrimiento humano. Aquel servicio se indicó en la correspondencia oficial publicada de cuando en cuando. El presidente cree que por medio de este nombramiento se sirven fines diplomáticos y humanitarios. Es bien sabido que el Vaticano está enérgicamente en la lucha contra el comunismo. Las relaciones diplomáticas directas ayudarán a conciliar el esfuerzo para combatir la amenaza comunista. Otras treinta y siete naciones han mantenido durante muchísimos años representantes diplomáticos en el Vaticano.»

Hasta ahí la declaración de la Casa Blanca. ¿Cuál puede ser la exacta interpretación de esa inesperada decisión de Truman? Quizá todavía sea pronto para conjeturar las verdaderas intenciones de los dirigentes norteamericanos. Sin embargo, ¿no podría ser interesante recordar lo que con motivo de la correspondencia intercambiada entre Su Santidad el Papa y el Presidente de los Estados Unidos en 1947, destacábamos en su día desde las páginas de esta Revista? (3). Entonces, Truman trataba de «cooperar con los esfuerzos de Su Santidad y los de todos los Jefes de las fuerzas morales del mundo», con el objetivo de «asegurar una paz verdadera». Hoy, Truman espera «conciliar el esfuerzo para combatir la amenaza comunista», garantizando al país que «el Vaticano está enérgicamente en la lucha contra el comunismo». ¿Qué quieren dar a entender tales expresiones? Sea lo que fuere, y sin dejar de consignar la esperanza de que la iniciativa de Truman pueda repercutir favorablemente en las relaciones entre la Santa Sede y los Estados Unidos, no podemos menos de consignar lo que en aquella ocasión señalaba el Papa en su respuesta al primer magistrado de Norteamérica: «sólo lo que es bueno y santo prevalecerá finalmente».

### TRUMAN Y EL COMUNISMO

Palabras de Truman en el discurso pronunciado en Winston Salem:

«Nosotros no creemos que la guerra sea inevitable...»

«Nuestra política se basa en la esperanza de que será posible vivir sin guerra en el mismo mundo que la Unión Soviética...»

«A medida que nuestra fuerza aumenta, podremos negociar arreglos que la Unión Soviética respetará y cumplirá...»

«Espero que el crecimiento de la fuerza del Mundo libre convencerá a los dirigentes de la Unión Soviética, que es en su propio beneficio el abandonar los planes agresivos suyos y su falsa propaganda de paz, y unirse a nosotros y a otras naciones libres...»

¿Qué clase de juego es el que está desarrollando el señor Truman desde la Presidencia de los Estados Unidos?

SHEHAR YASHUB

(3) CRISTIANDAD, núm. 87, 1.º de noviembre de noviembre de 1947, pág. 479 y ss. Puede verse también en CATHOLICISMO O BARBARIE («Publicaciones Cristiandad»), pág. 129 y ss.



*Visite las Cuevas  
de Artá*

*José Fontanals Hill  
Hermanos*

♦ ♦  
FÁBRICA Y ALMACÉN  
DE TEJIDOS DE FANTASÍAS

♦ ♦  
ALTA NOVEDAD PARA SEÑORAS



Despacho: Gerona, 62 - Teléfono 25 22 17  
Fábrica: Puigmartí, 8 (Gracia) - Teléfono 28 43 25  
BARCELONA

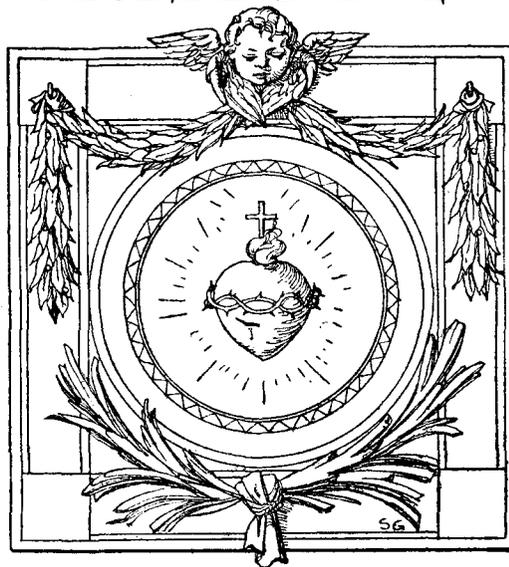
**José María Minoves Fusté**

SUCESOR DE  
**Salvador Fusté Teixidor**



**Fábrica de Hilados y Tejidos de Algodón  
en BESSACHS  
(GIRONELLA)**

EMISARIA  
DE  
CRISTO REY



SOR MARIA DEL DIVINO CORAZÓN

PRÓLOGO POR EL P. RAMÓN ORLANDIS, S. I.

PUBLICACIONES «CRISTIANDAD»

Diputación, 302, 2.º, 1.º - BARCELONA - Tel. 22 24 46

APRESTOS, TINTES Y ACABADOS

**Manufactura Auxiliar, S. A.**

**Aprestos: Ntra. Sra. de los Angeles, 13  
Teléfono 2384**

**Despacho y Tintes: San Sebastián, 127  
Teléfono 1103**

**TARRASA**

**LA SOMBRA  
DE  
BELA KUN**

por José-Oriol Cuffí Canadell

Precedida de una carta al autor,  
del Excmo. y Rvdmo. Sr. Obispo  
de Barcelona

●  
2.<sup>o</sup> edición, agosto de 1950  
Precio: 10 pesetas

**Federico Marcet**

FABRICA DE HILADOS, TORCIDOS Y FANTASIAS  
DE LANA Y ESTAMBRE, PAÑOS Y NOVEDADES  
EN TEJIDOS DE LANA Y ESTAMBRE



**PANTANO, 20 - TARRASA**

**Paños Marcet, S. A.**

TEJIDOS

General Mola, 24

**TARRASA**